



A M E O

Introducción: **Ignacio García** *Con una esfera entre mis manos*

<i>RIGOR MORTIS</i>	8
<i>PAX AMERICANA</i>	14
<i>PUNTO JONBAR</i>	19
<i>MISTICA MADAME GUTALCA</i>	21
<i>C'ETAIT UN RENDEZVOUS</i>	26
<i>EUTAN ASIA</i>	35
<i>IN THE NAME OF LOVE</i>	37
<i>PIEDRA Y LODO</i>	42
<i>PRINCIPE BOCADO, NO MYSHKIN NI CEBOLLA</i>	47
<i>NUESTRA CASA EN LA CUADRA DIMENSION</i>	53
<i>LA CAJA DE PAN DURO</i>	60
<i>VACACIONES DE TEMPORADA</i>	74

Con una esfera entre mis manos

Ignacio García

Evocaba yo el cálculo infinitesimal de Leibniz, tratando de moldear, a través de las Mónadas, el nodo de ajuste de un programa que en ‘x’ lenguaje cibernético pudiera imitar la poesía de Arthur Rimbaud —por lo menos aquella de la *Alquimia del Verbo*— pero algo me detuvo en un súbito de esa evocación. En ese instante apareció delante de mí, como nunca antes lo había hecho, el poeta Gabriel Fuster. Por un momento quedé viendo a la pantalla de mi procesador, pensando tal vez en un equívoco de la fórmula que hubiera dado como resultado la aparición holográfica de este escritor. Pero no. La presencia de Gabriel era tangible y, a menos que él usara un truco mayor a la teoría de Newton sobre el ser absoluto, tenía yo esta mañana el honor de tener ante a mí al autor de varios libros de fama reconocida entre un puñado de sus amigos: *Tú también estás feo*; *Salmón*; *Quizás no vuelvas a tomar tu merienda en este continente jamás*; *Rua Morgue*, son algunos de esos títulos, ahora posibles y nombrables entre nosotros.

Si bien luce un poco agitado — pues me dice: “Dejé mi coche a la vuelta del Ajuntament de Palma y tuve que caminar un buen”—, se sobrepone a la agitación y saluda con entusiasmo. Gabriel Fuster no viene solo. Después de retroalimentarnos con anécdotas y algunos *affaire* de nuestros mutuos amigos, extrae de sus bolsillos un objeto —el mismo que me tiene esta noche sentado aquí y produjo que sábado y domingo delirara yo con arquitecturas en cuarta dimensión, zigurats, una madame de nombre Gutalca, así como con Fyodor Dostoyevski instalado como padrote en *El Perico*, un bar que yo frecuenté en el

pasado de forma consuetudinaria. Se trataba de una esfera, tal vez la misma de Pascal descrita ya minuciosamente por Borges, y en la que el centro no es uno sino muchos. Tomé, no sin temor, la esfera y la puse frente a mi computador. “Quiero —me dijo Fuster convencido— que entres a ella y trates de deducir una suerte de prólogo a lo que no tiene punto de partida porque todos los puntos son el punto de arranque”.

Al principio no supe qué decir. Gabriel me había hablado de prologar un libro de cuentos común y corriente; pensé entonces en un volumen con hojas *bond* y pegado con goma de impresor, a la vez que ilustrado artesanalmente por *Lara Editores*: así, como había sucedido con sus otros libros. Pero esto de la esfera rebasó mis capacidades (que no sé si las tengo) literarias. Lo primero que noté de este cuerpo geométrico me sorprendió; dentro de él había (hay, para quien quiera comprobarlo) once esferas más, aunque (ya se dijo) todas son la *esfera*. En cada una de ellas aparece Gabriel Fuster colgando de los andamios y tramoyas, tomando la cámara para disparar, vestido del general Mike O’Neill, comiendo tacos de nana y buche en un parador de la avenida Colón, o bien junto al mismísimo Saddam Hussein o programando el resurgimiento de un continente perdido en el fondo del océano.

La teoría de la esfera ha promovido una suposición que yo acojo ahora, en esta noche: quien se mira en estos círculos voluminosos es y no es Gabriel Fuster; aun cuando éste se vale de ciertos artificios —como por ejemplo usar un centro nodal para balancearse y mutar cuando quiere— para hacernos creer que es él y no otro quien hace el *casting*, produce, actúa, dirige, pone la música y la poesía dentro de estos escenarios concéntricos... al viejo estilo de los Johns: Casavets y Huston.

No pudiendo decir nada en ese instante de la primera ojeada a la esfera, propuse a Gabriel me diera tiempo de asimilar. Le sugerí que, en todo caso, me permitiera un texto libre que pudiera encajar, ya no en una esfera sino en un cubo; uno similar a una de las habitaciones diseñadas por o para él con la técnica del teresacto. De esta forma yo tendría una mayor posibilidad de maniobra a la de él mismo como narrador de sus sueños y pasiones. Él accedió.

Intentar las puertas múltiples en cada espacio de este cubo, abre otras que acercan a la idea del trabajo fascinante de Gabriel Fuster: cada uno de los cuentos contenidos en *Cameo* es la sepultura del anterior —lo que hace posible a Fuster encarnar en el próximo círculo-cuento y repetir la escena. Esto hace surgir una hipótesis hegeliana: la cantidad de ideas y *shots* del poeta, es mayor al tiempo que tiene él mismo para escribir. Las teorías de la probabilidad, el azar, la categoría sobre la cual el escritor edifica sus numerosas y vastas concepciones, así lo demuestran.

En *Cameo*, el volumen de la esfera tiene brillantez por todos lados; un brillo enriquecido por las múltiples citas de obras, nombres, lugares y anécdotas de las que el autor da cuenta mientras viaja por las intersecciones. Uno podría pensar, al asomarse a *Cameo*, que Fuster se tragó todas las enciclopedias digitales habidas en el ciberespacio, y que basta sacudir el libro para que éste desparrame fórmulas y logaritmos al instante. No es así. Lo que yo creo es que el escritor no es Fuster sino las cosas que aparecen allí cuya figura dentro de otra

figura (la esfera) pasa de ser un cuerpo a ser signo inteligible: *Cameo* está d-escrito de las cosas a las que Fuster ha dado vida en cualquier sitio que se ha parado.

Lo que da energía a *Cameo*, pues, es la existencia de un hombre-en-muchos-hombres (en este caso Fuster). Que él, en su introducción teórica pretenda justificar sus más acendradas pasiones y vivencias, no quita para nada que uno se sorprenda del contenido múltiple. Que él haga maniobras para desviar la atención, al igual que un prestidigitador, con movimientos de la pluma para quitar de nuestra vista lo que él hace en realidad, me parece un ejercicio plausible — sobre todo si se toma en cuenta la brillantes ya descrita que ese conjunto de cuentos emana.

Finalizo este texto diciendo que he accedido al mismo a sabiendas que mi libertad estriba no en poder alabar o denigrar ningún libro, sino en la posibilidad de poderme asomar, en este caso, a *Cameo* y encontrarme allí con su autor: Gabriel Fuster. Lo hago también consciente de que puedo ser yo mismo (como lo puede ser cualquiera aquí) materia vuelta tinta a los ojos perceptores del escritor. Nadie sabe si esta noche Gabriel Fuster presume de llevar consigo la *esfera*, y estemos ya todos colocados en una de sus páginas. Me resta decir que nunca he conocido a Gabriel Fuster, que tampoco he estado esta noche aquí, nunca escribí nada y ustedes jamás nos oyeron a ninguno de los dos. Para saber la verdad debemos adentrarnos a este *Cameo*; sospecho que ahí hay una cosa más seria que lo sucedido en esta noche: la nostalgia que nos impulsa a creer que nuestros sueños pueden convertirse en realidad.

Boca del Río, Ver. Octubre de 2005

Cameo: (del francés *cameau*) 1. Camafeo, figura tallada de relieve en piedra dura y preciosa como el ónice, amatista o sardónica. 2. (*del argot escénico*) Desacreditada y breve participación a cuadro, por extensión cine y televisión, de una celebridad que no toma el papel de actor. Las frecuentes apariciones de Alfred Hitchcock dentro de sus filmes ayudaron a popularizar el término.

RIGOR MORTIS

Diecinueve años antes, Gabriel Fuster había escrito su último cuento. Desde entonces, 19 libros han sido publicados y conteniendo una centena de sus relatos. Un ciento de narraciones fantásticas que han salido de su máquina de escribir mecánica Olympia. Lo que nadie sabe es que todos esos cuentos no son de su inspiración, sino que han sido escritos por pequeños marcianitos en brillantina, a bordo de su nave interplanetaria de pocos centímetros.

La fama le vino temprano a Gabriel Fuster; Éste ganó su primer certamen a los 9 años, en cuarto grado, durante los festejos de primavera de su escuela primaria, al escribir su tarea en verso. Las rimas eran de los más elementales, considerando el rebuzno del burro, pero la imaginación vertida lo convirtió en un instantáneo *cause célèbre*. Aunque se levantaban interesantes cuestionamientos en matemáticas y ciencias naturales que lo motivaban a ser físico nuclear, esto fue ignorado por su profesora y fue obligado a quedarse sin recreo los años siguientes para escribir oratorios a las monjas del colegio. Siendo niño *scout*, a los 14 años, logra la insignia de escritor con sus relatos de campamentos, lo que significa ser una luz de bengala entre la comunidad.

Su primer recital vino cuando tenía 24 años y, a la par, nació el Instituto Veracruzano de Cultura. El público fue cautivado con la lectura de su cuento “*La cucaracha*”. Dos años después, el público llenaba la Sala Manuel M. Ponce, en Bellas Artes, para escuchar su cuento “*Al filo del insomnio*”. Su primera colección de cuentos fue publicada cuando tenía 25 años.

Para la edad de 26 años, él era un autor fecundo y los críticos no se atrevían a clasificarlo bajo el rubro de autor de cuentos, sino literatura moderna. La demanda de sus

libros era superior a los libros para iluminar y prácticamente arrebatados del infierno. Sus borradores llegaron a subastarse en bazares culturales. Una admiradora le susurró al oído que ella “prefería comprar al autor” y pagó con doblones. Las ideas suyas se estibaban en cajas, tan pesadas como si contuvieran su cuerpo. El tomaba la palabra en toda reunión y no había suplemento periodístico que no incluyera sus notas cada fin de semana. El estaba por cumplir los 27 años.

En el mes de agosto, un lunes por la noche, el 15, para ser exacto, a las nueve con diez minutos, para ser tedioso, Gabriel Fuster se secó. Sí, así de simple y directo y terrible...se secó. El escribió su última original palabra de su última original idea para los lectores y todo acabó. Colocó una nueva hoja en el rodillo y abruptamente se encontró a sí mismo falto del mínimo tilde para una empezar una nueva historia. Las horas continuaron hasta el amanecer y Gabriel Fuster se encontró desgajado como el tacto de la piedra. Por primera vez en su vida, el mágico don de engrapar palabras para ahorrar al lector el problema de vivir estaba perdido. El don para aventurarse donde el lector no se atrevía entrar por su cuenta o espiar donde cerraría los ojos, estaba embotado. Ya no tenía ideas para dar. No más extrañas fábulas para descansar su trayectoria en los oídos de los creyentes. No mas flores de celofán en amarillo y verde brotando como su cabello ni luminosos episodios con porteros de plastilina, uniformados con corbatas de vidrio, en la estación imaginaria de caballitos mecedores. Un lector se pregunta como es posible que la mujer de ojos de caleidoscopio no pese un gramo, menos aún que una mota de polvo. Cuentos del revuelo. Ahora su mente era un vasto terreno baldío y su alma empeñada en el largo viaje por la senda ignorada o un discurrir por horizontes grises extendiéndose en una blanca topografía de nada. Finalmente, cuando el sol llegó, él supo la verdad. La vigilia agranda sus ojos para darle el mañana y el día después de mañana y toda la cadena de

mañanas de esterilidad que se estiraban al infinito. Tal vez no habría descanso para el sueño de no ser porque se inclina sobre la maquina de escribir, luego apoya su cabeza en el frío metal y llora. Era el fin. El se contempló a sí mismo siguiendo la ruta de Octavio Paz, vendiendo lo que quedaba de su obra en eternas entrevistas, firmas y lecturas aquí, allá y en todas partes, pero él no era un buen orador y, francamente, no toleraba multitudes de más de dos gentes. El consideró la ruta de Carlos Fuentes, dando cátedra en universidades en estado larval, pero él estaba seguro que más temprano que tarde llegaría a una mutua relación destructiva, sabedor que muchos profesores son propensos al suicidio, pues la misma exacerbación que vuelcan en sus clases, la viven para hablar de sí mismos. También imagino la ruta de Fernando del Paso y retirarse a algún sitio desnudo y yerto que nadie sabe. La vigía en ciudades sin respuesta, cumbres sin ecos, ríos mudos, cielos sin habla. Y dejar escapar aves tristes con misteriosas pistas sobre la preparación de la siguiente novela, la obra maestra para la siguiente década, pero él escuchó que Fernando del Paso, al igual que J. D. Salinger o Thomas Pynchon, finalmente enloquecieron como cabras. Y Gabriel Fuster temblaba ante la idea de convertirse en un ermitaño. Era claro que no había ruta de escape en esta prisión en el fin de la tierra. El tenía 27 años y su carrera estaba terminada.

Gabriel Fuster camina con tumbos hasta su cama y duerme el resto del día.

El hambre hace despertarlo a las ocho de la noche. Perturbado, con la madre de todas las jaquecas, Gabriel se encamina al baño. La almohada lo carga de hombros, lo aprieta del talle. La luz, muerta en las esquinas, le equivoca la ruta en el drenaje. El agua no ha alcanzado a despertarlo cuando escucha el martilleo de los tipos haciendo cambios en el aire. Es verdad que los fosos y los corredores inventaron los fantasmas, pero la máquina de escribir provocaba un furioso tak-tak-tak-tak como disparos de artillería. No se podía culpar

a una máquina eléctrica del ruido. El artista no confiaba en ellas, por ejemplo, según su propio juicio, las máquinas mantienen un malicioso zumbido bien temperado mientras uno se detiene en flexión de bostezo. Y si coloca las manos en posición preparatoria sobre el tablero, el mínimo roce irrita a la insolente bestia que equivoca la letra y echa perder la sentencia inmortal. Gabriel Fuster no gustaba de las máquinas eléctricas y, por lo tanto, no cabía alguna funcionando en ese núcleo de la duda.

El escritor se mira en el espejo del lavabo, abofeteando la cordura. El no puede volver a escribir y la máquina mecanógrafa se halla multiplicando sus golpes en el cuarto contiguo. La curiosidad absorbe la mirada y Gabriel se asoma al escritorio y distingue el aparato en la contraluz de la ventana. Tres diminutas figuras operaban las teclas, haciéndolas escribir aventuras verbales a 60 palabras por minuto.

-¿Cómo se deletrea necromancia? – pregunta EBE 1, o sea, entidad bio-extraterrestre uno.

-Con dos Ces, corambovis iluminado de panarras – responde EBE 2.

Un ¡Ooof! se escapa de EBE tercero, quién sube la rampa de la nave intergaláctica, verdaderamente deslumbrante en medio de la habitación, que provoca el fototropismo de los otros inquilinos de la casa. Hay insectos que corren hacia la obscuridad cuando un foco se enciende, como las cucarachas. Otros, en cambio, se dirigen a la luz, como la polilla. Los entomólogos tienen bien estudiada esta condición, aunque se les adelantaron los teólogos cuando dividieron a los hombres en fervidos e iconoclastas. EBE tercero apura a los suyos mediante aplausos.

-Sea arreboles de brindis, iletrados

Y el martilleo de las teclas se reanudaba.

“Ya no vuelvo a cenar pizza Domino’s, jamás”, se decía Gabriel Fuster, suponiendo que sufría una intoxicación por botulismo. En un movimiento reflejo, enciende el interruptor en la pared con la espalda.

-¡Hey, apaga esa luz! – reclama el trío al unísono.

Gabriel no hace movimiento alguno. No precisamente por desafío, sino porque era incapaz de hacer movimiento alguno. EBE 3 se le que mirando fijamente y entonces manotea en el aire, dando la sensación de buscar la aniquilación del planeta.

-¡Muy bien, muy bien....se suspende la misión! ¡Alto total!

Los soldados paran de escribir y corren al interior de la nave. EBE 3 se adelanta a tocar Gabriel por la rodilla. Al contacto, descubro que el mando de mi televisor enciende y apaga los de todo el vecindario. Por fin soy un elegido. Ahora tendré que pensar en qué creer para ver qué canal nos conviene más a todos.

-¿Cómo supones que terminemos de escribir 3,000 palabras esta noche contigo interrumpiendo?

Gabriel Fuster se encoge de hombros.

-Sientate un momento

El se sienta, en el suelo. No quería hacerlo, pero no tuvo remedio

-Ahora, tu primera pregunta es ¿Quiénes somos?. Y la segunda es ¿Qué hacemos aquí?. Bueno, la pregunta correcta que debes formular es ¿Quién soy yo?

Gabriel vuelve a encogerse de hombros.

-Tú eres un humano. Nosotros sabemos todo acerca de tu especie. De algún modo, hemos estado por aquí un buen rato antes que ustedes. Nosotros somos *malarkey* y los hombrecitos grises, aunque ésta es la forma en que tu comprensión puede reconocernos.

-Yo una vez escribí un cuento sobre alienígenas

-Por eso es que te estamos visitando

-¿Por el cuento?

-Afirmativo. Nosotros también somos escritores en nuestro mundo. Y ustedes tienen algo que nosotros carecemos: Erratas, fallas, inexactitud. Nuestra literatura es perfecta, tan perfecta que mil libros distintos semejan mil libros iguales de valor perfecto, perdurables solo en cuanto a su forma estética. El Toki Pona es una aproximación terrestre a lo que me refiero.

-Vaya, yo suponía que su cometido era inseminar artificialmente a sus víctimas o broncearlos con rayos ultravioleta. Quitar dioptrías y poner empastes sin dolor.

-Negativo. Te propongo un trueque. Tú firmas nuestra mitología a tu nombre y nosotros discutimos tu fragilidad en nuestro sistema. Te repito, la idiotez es interesante para nosotros.

-Si, claro...por supuesto. Pero, mmm, ¿Qué estaban escribiendo en la máquina?

-Estamos escribiendo un cuento intitulado "*Lotto*"

-Esta bien. Perdonen la interrupción, sigan trabajando. Anoche me desperté con la conciencia tranquila. Qué susto. Pensé que estaba muerto. Espero que esto no vuelva a suceder.

Dicho esto, se ha acostado bajo un ovni. *Toki pona*. Ultimamente, Gabriel Fuster ya no escribe y nota que se le acumulan las ideas de una forma exagerada. Tanto, que cada vez que abre la boca, lanza a toda velocidad frases enteras que se van desordenando y, al llegar al suelo, no hay quien las entienda. Así que, ahí se quedan. Cuando la gente no las pisa, hacen remolinos con el viento, suben y bajan chocándose entre ellas y parece que va a salir de su centro algún extraterrestre experto en letras. Pero esa es otra historia. Otra que empuja por salir, porque las demás la están apretujando a ella.

PAX AMERICANA

La foto era en blanco y negro. Alto contraste, fuera de foco y pobre composición. El motivo podía pasar como la tarjeta postal de Marte. Los detalles invisibles al ojo se derrotan en la ampliación y revelan a un grupo de hombres con uniformes de campaña, mirando con binoculares desde una colina de arena. El hombre al centro era instantáneamente reconocible: cara redonda con un espeso bigote negro. El rostro en sí parecía la caricatura de la persona misma. Saddam Hussein se aprecia rodeado por un grupo de soldados leales, pero era obvio que, aún en esta impresión tan granulosa, uno de sus acompañantes definitivamente no era árabe.

El reporte de diez hojas que acompaña la foto, ya verificaba la autenticidad sin comprometer la fuente de información, condescendiendo los datos y fechas como el ciego va reconociendo al dar la mano y dejando entrever las piezas donde se iguala la conjetura y se interpretan los motivos de tal reunión, la clara revista de ejercicios armados en las afueras de Bagdad. A considerar el punto más importante del despacho, la identificación de cada uno de los individuales en la fotografía.

El expositor de pie, Coronel Frank Dolan, oficialmente *Deputy J-2 for the Joint Chiefs of Staff*, o Brigadier J-2 del Alto Mando, un complejo título para indicar que él era el segundo lugar en la cadena de mando de la plana mayor de la Inteligencia Militar. Demasiado alto para haber sido un piloto *Stealth*, Dolan llevaba a cabo la reunión con la misma energía que cuando solía volar en misiones.

Dolan se hallaba refiriendo al análisis de la fotografía una y otra vez. La sala de juntas era un cuarto a prueba de ruidos, mapas electrónicos en la pared iluminando con claridad de quirófano. Ninguna ventana en lo recóndito del Pentágono. Ocho militares y

seis civiles escuchaban sentados el estruendo de medallas del analista, manejando la junta en privado como una simple operación de guerra. Todos los ojos son burlados por el sello y los intereses de los Estados Unidos.

El General Mike O'Neill, actual director de la seguridad nacional, escuchaba a Dolan con seca expresión. No estaba contento.

-¿Hay alguna duda en tu mente que no se trata de Gabriel Fuster?- demandó el General.

Dolan hizo una pausa de vidente oriental y concluyó.

-He revisado los vínculos de la CIA por mi cuenta, señor. Todo concuerda. Los reportes de la Agencia ratifican que la *polaroid* ha sido mostrada a las tres esposas del poeta y cada una de ellas ha pedido su cráneo para golpear las puertas del cielo con mérito.

-Esperaba que hubiera un margen de duda en algún sitio, pero, diablos, lo reconocí también. Yo lo conocí en Saudí durante la operación *Desert Storm*.

Gabriel Fuster era un *junior* con aspiraciones de escritor. Posibilidad para viajar a todas partes del mundo con todos los gastos pagados y comprar amor. Había coincidido con el General O'Neill durante el aseguramiento de los pozos en Kuwait. Gabriel Fuster le mostró un pedazo de papel lija diciéndole que podía servirle como mapa en el lugar. El problema es que O'Neill supuso el *haiku* una obra maestra, como a Ba Sho y Sun Tzu renacidos en una misma persona. El General recibió la medalla del Congreso. Cientos de otros soldados recibieron la misma condecoración y la general adulación de los medios. No obstante, no hay registro oficial de este encuentro.

La CIA en Roma informaba encontrarse rastreando el pasaporte de Fuster, pero la siguiente ocasión que se escuchó una palabra sobre él fue con el rumor de la presencia de un mexicano recitando *Veracruztaeo* cerca de la frontera con Turquía. Asunto repetido y

deformado en chisme hasta que fue recogido por un agente inglés en Ankara. El nuevo aviso simplemente se refería a un presunto *scout* del Grupo 9 de Veracruz acompañando a una unidad iraquí en la parte norte del país bíblico. No se hizo la relación con Fuster sino hasta que apareció Jasper Maskelyne en las tablas del Tarot. Y aun cuando se tenía como mera suposición, subsecuentes eventos parecían irlo confirmando.

Este excéntrico intelectual igualmente había vendido sus servicios al enemigo. Ahora asesoraba y entrenaba a las tropas iraquíes. Existían un puñado de avistamientos, donde cada uno lo colocaba en una posición más alta en la jerarquía militar y política del país agresor. El último registro, la foto que pasaba de mano en mano, parecía mostrar a Gabriel Fuster al lado del mismo Saddam Hussein.

El escritor vestía una boina a la moda iraquí. El mantenía unos binoculares con la mano izquierda y señalaba hacia algún punto distante con la otra, probablemente las maniobras de esos hombres adiestrados en las artes y las ciencias de la muerte. Lo más escalofriante para Dolan, O'Neill y cada uno de los reunidos en la sala era que Fuster se veía platicando, quizás explicando o comentando, y Saddam le estaba dando a Fuster su completa atención. Sus manos aparecían juntas tras su espalda. Medio cuerpo en dirección al parlante y la atención puesta en las palabras del poeta.

¿Cuánto tiempo habrá captado su interés? ¿Qué le decía? Probablemente algo sobre la Pax Americana. O cómo armar sus armas de guerra. O cómo entrenar ejércitos. O como leer a Von Clausewitz. ¿Estaba Hussein escuchando?

Jasper Maskelyne fue un mago británico de los años treinta, aunque es más recordado por sus servicios prestados a la corona durante la segunda guerra mundial. La carrera militar de Maskelyne se limitó a crear artimañas a gran escala y camuflajes para la Inteligencia

Británica, con base en los principios del ilusionismo. El mago eventualmente derrotó a los tanques nazis en el norte de Africa usando espejos y carpintería. Su mayor truco concierne al canal de Suez y el combate de los bombarderos alemanes. El mago consiguió desaparecer el puerto de Alejandría con dos pases mágicos y permitiendo a las estrellas que se escombraran ante las baterías antiaéreas. Terminada la guerra, Maskelyne se mudó a Kenia y fundó una escuela de manejo. Saddam se consideraba el guerrero de todas las épocas, el ganador que saluda a la Historia. El vencido rinde su espada con memoria. Para ganar hay que asegurar el ataque sorpresa, aunque la mejor sorpresa no es la que sigue sus propias reglas. Por ejemplo, si un enemigo empieza a construir trincheras y *bunkers*, seguramente ellos se ponen a la defensiva. O si un enemigo empieza a ampliar su arsenal y racionar su combustible, ellos planean el ataque. Y si una unidad deja el cuartel, pero sin repercusiones con la economía mundial, probablemente se trata de un ejercicio de logística. Falso. El ejemplo de Maskelyne era el movimiento de la pieza hacia dentro del jaque mate como Gabriel Fuster era el escritor que se le adelantó a la CIA y estableció el escenario total de su Operación *Punta de Longino*. Saddam Hussein era todo oídos a la lente espía.

CNN intercala la noticia entre la cobertura de un tornado en Louisiana y una investigación sobre los colorantes artificiales en dulces. *Irak se alista para una segunda invasión*, dicta el comunicado vía satélite. El ruido ambiental es de motores de avión tipo jet despegando, aunque la cámara sólo captura la parte del fuselaje y el ala de uno estacionado.

-Les habla Jan Moore y me encuentro a bordo de un portaaviones navegando en algún punto del golfo Pérsico. Aviones como los que ustedes ven a mi espalda despegan cada treinta minutos desde la noche de ayer. El área se encuentra en alerta y no me está permitido identificar las unidades ni su destino, excepto les comento que estas maniobras

son una respuesta a las actividades conocidas como Operación *Punta de Longino*. Los *Mariners* a los que me he acercado se hallan apercibidos para dar entrevistas, pero lucen motivados y listos para patear algunos traseros de ser necesario. Tienen noticias que hay un hombre en Bagdad obstinado en hacer la tarea bien en esta ocasión. *Let's Rock and Roll, folks*. Este es Jan Moore, informando para CNN.

Saddam Hussein imagina cómo retrasar la aparición de las hormigas. *Justo a tiempo*, murmuró el Presidente cuando Gabriel Fuster nota un oasis. Todos posan para *Candid Camara*. Operación *Punta de Longino* hiere el costado del centinela y el sol cae gota por gota en el charco de Dios donde los hombres armados levantan sus espejismos. Por ejemplo, la policía antimotines usa balas de goma para desliar su obra cruel. Imaginen esto. Alguien en algún lugar ha tenido una idea lúcida. Esta idea debería ampliarse a mayores armamentos. Balas de goma, luego granadas con terciopelo, minas claymore de grageas, torpedos de gel, tanques de estyrofoam y el regreso a la guerra de almohadones cuerpo a cuerpo. Ok, una guerra química se jacta de haber desarrollado dos clases de gases, los que provocan risa y los que hacen llorar. ¿Qué tal un gas que provoque libido? ¿Inspiración?. O pistolas de agua, que *Hasbro* ha desarrollado en mejores juguetes. ¿Por qué no ir más lejos? ¿Qué tal cañones que disparen Agua Quina? ¿Leche? ¿Jugo de naranja? ¿Y pompas de distracción masiva? ¿Qué ciudad podría resistir la fuerza de un chicle bomba? Motita, por supuesto. Igual, por lo menos, al ángel de la Bética, superior a la lucha entre el bien y el mal, Saddam escucha la estrategia del imaginativo que pone el oasis a la izquierda y levanta la victoria del polvo, polvo que es existencia y superficie de un desierto donde la guerra es lo mismo que sed. Al mismo tiempo, Frank Dolan recibe el sobre clasificado de ultramar. Peligro que no le pertenece. Arma que aún desconoce.

PUNTO JONBAR

15 metros sobre el nivel del mar Atlántico, próximo a la barandilla de estribor del *Potrero del Llano*, una puerta se abre en la transparencia del horizonte. Cierta neblina ambarina escurre de la puerta interdimensional y un hombre vestido con pijama baja a cubierta del buque petrolero mexicano.

Justo antes de cruzar la línea temporal, Gabriel Fuster ya se quejaba: *¿Por qué yo?* Eran las 7:02 a.m. del 14 de Mayo de 1942. El *Potrero del Llano*, anteriormente el *Lucifero* bajo la bandera italiana, renombrado así porque el Gobierno Mexicano lo había confiscado redondeando rúbricas un año antes, navegaba a velocidad crucero sobre aguas neutrales.

Quince minutos más tarde, el navío sería torpedeado y hundido con su tripulación de 35 hombres más uno. El polizonte ya sincroniza su reloj histórico. La Segunda Guerra Mundial alcanzó al continente americano debido al sorpresivo ataque a Pearl Harbor el 6 de Diciembre de 1941, con gran oportunidad el pulpo apresa el ancla el día 8 de Diciembre y esta nave cambia sus colores en adelante. A mar revuelto, ganancia de pescadores. Se verifica la horrible bifurcación de la mañana, escogiendo entre dos olas, Neptuno con su desayuno contornea el sexo dormilón del alcastraz. La misión de Gabriel Fuster, a bordo, es confirmar que el hundimiento no fue un acto de resentimiento de las fuerzas fascistas italianas.

-¿Hay alguna posibilidad que dos más dos nunca sean cuatro?– pregunta el alférez.

La ecuación de Bernoulli escogió a estos hombres.

Cuestión de dimensiones agregadas a la evaluación de riesgo. Por ejemplo, el lábaro nacional pintado en el casco, utiliza el mismo orden fatal de colores que la enseña italiana,

salvo el escudo al centro. La omisión de este distintivo, traería como consecuencia la confusión de la nacionalidad.

La idea es arreglar el mundo según el proceso de los secretos.

-¡Puntual! – Fuster exclama y termina de leer el conteo regresivo en su reloj.

Un amenazador periscopio surge de la superficie del mar.

-¡Muévanse aprisa! – ordena el corneta, pero la marinería se queda quieta.

El U-564, al mando de Reinhard Suhren, dispara dos cargas contra el buque tanque de 4,000 toneladas. Gabriel Fuster toma las riendas del caballo del mar por la proa. Los torpedos fallan su objetivo. Ahora Estados Unidos modificará la paridad con su moneda para que el Presidente Manuel Avila Camacho aprenda la lección del alto costo de la diplomacia, entonces es el regreso a los gobiernos que delegan la necesaria producción de patriotismo en los campeonatos de fútbol o en las olimpiadas. El *Oberstgruppenfuhrer* pega una rabieta y ordena a tripulación dar la media vuelta a casa.

-¡Misión cumplida! ¡Y nada me detendrá de comerme un buen *mignon* de regreso a la base!

En ese momento, todavía impulsada a veintidós nudos, la puerta se cierra con Gabriel Fuster bostezando.

La flecha del tiempo es un pez. De los antiguos, la infinitud de las playas.

Pero el futuro se volverá a reajustar, porque, disfrazados como los submarinos del eje, otros viajeros repetirán la catástrofe con *El Faja de Oro*.

MISTICA MADAME GUTALCA

Reproduzco el episodio que presencié. Fui preferido como invitado especial a la elegante tertulia de los Alemán en la primavera del '98, donde Madame Gutralca llevó a cabo una demostración de sus excepcionales poderes. Yo recibí al heraldo con la carta en la que se engasta la invitación fina varias semanas previas al evento, pero no planeé atender al *RSVP* porque sabía que la intención detrás de las palabras era más ambiciosa: acercar a la esfera social a otra colecta de fondos en pro de otra causa desatada por otro programa de gobierno menor y cuya efectividad yo considere jodida de antemano. Aunque José Serrano llamó primero y trató de avergonzarme a partir de su primicia y luego que su estupidez no dio frutos, Carlos Slim llamó acto seguido y dijo que era mucho tiempo ya que no nos habíamos visto y que dejara de comportarme como un *snob* y nos encontráramos en la fiesta. Huelga decir que yo deseaba ver a Carlos de nuevo, así que saqué mi traje y corbata de su plástico protector de tintorería y asistí. El evento tenía lugar en la mansión de los Alemán Magnani, donde Miguelito y Christiane se esmeraron como espléndidos anfitriones disponiendo un magnífico buffet de estética cubista y mesas al aire libre por donde entraban y salían atareados servicios de *catering*. Las dos señoritas que guardan la entrada a la puerta de las percepciones, avaricia y prodigalidad, se han ido a tomar el fresco del brazo de Luis Miguel, mientras canta a ambas *Can't take my eyes off you*. El primer momento que bajo del taxi, un guardaespaldas me abre su escarcela. Yo me disculpo diciendo que antes de dar mi dinero, primero quiero saludar a mis amigos con una salva de billetes. Una mano desconocida golpea el tambor de la luna y anuncia mi presencia en el jardín. Yo me apuro a bajar los siete escalones de las miradas en traza incansable. El viento es un rumor errante, cuerpo sin cuerpo mezclando noche y *cocktails*, música y electricidad. Hallo la oportunidad

de arrinconar a Carlos Hank Rhon contra una docena de personas, quien se hallaba fanfarroneando sobre la posible apertura de casinos en Acapulco y Cancún. La concurrencia calla temprano, el show llega tarde. De pronto, Polo Polo y Jo jo Jorge Falcón intercambian turnos de chistes buscando arruinar mi mente. Quizás quede en estado vegetativo por sonreír obligado. Sin embargo, los cómicos unieron fuerzas y llevaron a cabo una rutina en tandem, que resultó ser la cosa más graciosa que haya escuchado desde que *Los Polivoces* immortalizaron la expresión “*¡Hijazo de mi vidaza!*”, en la película *¡Ahí Madre!*. Entonces viene un receso que Lupita Jones aprovecha para morir con los ojos abiertos y fue hasta ese instante que conocí a Madame Gutalca. La mujer parecía más bien la piñata de la ocasión. Baile de chispas en la mano. Un trapo en la cabeza con las mismas lentejuelas que el vestido en negro y morado, genuina moda mental. Sortijillas de oro en todos los dedos. Adivinadora y curandera como suscita la economía vudú, aunque sus servicios se incluyan de modo conceptual en la categoría de los merolicos. Ella medía un metro y pico y era triple jamona, el rostro cubierto con maquillaje óptimo para no lucir dormida ni despierta, que me provocaba recordar a cualquiera de las estrellas del cine mudo. Y tenía las manos más delgadas, más blancas y delicadas que haya visto nunca. Las uñas lucían pintadas en rojo dogmático, pues sus dedos funcionan como el aparato del color semejante que desprende *tickets* con un número ordinal para que los clientes hagan cola. Al momento es presentada en voz alta por el anfitrión. La reverberación de la nota pone en equilibrio los rincones totalmente copados de alta moda italiana: corbatas, camisas, zapatos, bolsos de Armani, Valentino, Versace, Fendi, Gucci, Prada, Ferragamo, Zegna, Ferrè. Madame Gutalca brinda unos pases mágicos. Muchos de los invitados piensan que hablar de la suerte trae la suerte. O que es preferible no saber, y otras veces, es mejor saber lo suficiente para no asustarte. Aunque luego te asustas igual, porque conocer el origen de una

superstición es como saber el truco que usa un centinela perdido en el desierto para burlar espejismos. La mujer ofrece revelar de la audiencia sus escocidos secretos. Nada grande, solo algo augural y tolerable por cada persona. Al principio nadie se atreve a preguntar, pero finalmente, una adorable joven al lado de Luis “matador” Hernández y que desea permanecer en el anonimato, se dirige a la pitonisa. Ella anuncia: “Mis periodos son muy dolorosos, ¿Hay algo que pueda usted hacer al respecto?”. Los asistentes se petrifican con la pregunta, algunos esquivan su brindis por vergüenza, pero cuando presto atención a quien formuló la demanda y miro que se trata de la misma soberana de carnaval con quien sostuve amoríos durante mis vacaciones en Huatulco ocho meses antes, yo sonreí. La niña es capaz de decir cualquier cosa. Aunque Madame Gotalca no consideraba fuera de lugar su achaque y enseguida realiza un trabajo de concentración. Ella acusa con los ojos cerrados: “Tu hermana tiene los mejores trabajos, pero la más próspera eres tú”. Después, tiempo después, le repite, siempre extendiendo los brazos hacia la joven. “Tu hermana tiene los hijos del matrimonio, pero tú eres la madona”. En ambos casos tenía razón, desde luego, pero qué manera tan rara de preferir. La principal amante suelta una exclamación de alivio y se encamina ligera hacia la casa, presumiblemente al baño. Nadie de los presentes dudaba que Madame Gotalca terminó por arreglar sus entrañas a modo de quitar el dolor. Otra vez se levanta sobre el vértigo de los peinados sucesivos. El tono seco, viejo, conmovedor del caballero reclama: “He soñado con Frida Kahlo. Yo estaba entre el público de un concurso televisivo a principios de los ochenta y un mago con bigote y acento francés me ponía unas gafas con las que veía al resto de la gente desnuda. Pero me he despertado con las gafas puestas, descubro que mi secretaria ha perdido gran parte de su vello púbico con la edad, y escucho constantemente las carcajadas de Frida por detrás”. Madame Gotalca mueve la cabeza de un lado a otro y hace una lenta imposición de manos. En el acto, cada folículo de

su cabeza calva empieza a brotar cabello y cae encima de la silla en que halla sentado, convirtiéndolo en *Chia pet* instantáneo. Miguelito y Christiane encabezan los aplausos. Y hay más, mucho más. Madame Gotalca lleva a sus últimas consecuencias otra docena de milagros similares. Ya le otorga a una cantante un excelente trabajo de rinoplastia, abulta la cartera a otro. Cura a un mesero de cleptomanía. Devuelve al Obispo José Guadalupe su sentido de fe. Y preside la hilera de los satisfechos, los gordos, los lindos que desfilan sobre las aguas de la alberca, mientras va durando el acorde del merengue. Diablos, ella era sorprendente, era la alternancia en los *rankings*. *Crème de la crème*. Nunca se había visto algo parecido desde Fátima. La psíquica se hallaba a mitad de alegrar a los jueces, mientras termina una vasectomía a Gabriel Fuster, quien solo pidió que le secase el sudor de la cara, cuando un individuo con camiseta, shorts y chanclas a la medida de las callosidades irrumpe en la escena. Y cuando Madame Gotalca ubica el hedonismo ovalado de su cara, entra en nervios. El tipo apaga su cigarro contra la fuente de ponche y la reprende: “¡Así que aquí es donde andabas, pinche golfa...¿Qué supones, que tengo bola de cristal para andarte buscando a cada rato?”. Madame Gotalca luce hiperventilada ante las últimas noticias y mueve las manos en forma negativa. El tipo ordena: “¡Mueve tu gordo trasero en este preciso momento, antes de que te rompa en dos el amuleto! ¡Ya tienes un chingo de quehaceres en tu casa, que primero andarle componiendo la vida a otros!”. Ofuscada, ahora luce dócil, arrugando su dolor y dejándolo caer a un lado. Y lo sigue con los pasos de una *geisha*. Ambos atraviesan la pared de gente, la cual se sacude ante el amor infinito de sus ojos. Y juntos se pierden ante la vista de todos. De hecho, jamás la volví a ver en otra reunión igual. Yo reproduzco el episodio que presencié y cada quien es responsable de lo que escribe. Pero, como ustedes saben, antes creía que lo mío era destino y aunque las líneas revelan sus testamentos en las palmas de las manos, ellas no explican la magia que

ejercen algunas mujeres sobre los hombres...y el hechizo que ejercen algunos hombres sobre las mujeres.

C'ETAIT UN RENDEZVOUS

A su parecer, la obscuridad jamás era invisibilidad en la Ciudad de las Luces. A su parecer, la vida social la robaban los excesos comestibles del calor, en la noche, en la tea idólatra, en otros pasos sobre la resistencia sombreada en los Champs-Élysées.

Ni siquiera desaparecían bajo los faroles tachonados en Madrid, tampoco en Londres. No en Roma o alguna de las nueve capitales de la discontinuidad de sus vacaciones. *El Gourmet de los Tours del viejo continente*, pensaba.

Pero la noche llegaba frecuentemente a Ciudad de México.

Vuelo LP-519 en caída libre, luego aquel que mensura el aire puede vivir en la muerte y morir en la inmortalidad. La inmortalidad es una cortesía provocadora de suplicio y hambre, terrible hambre. Dolorosamente, hambre que no acaba. Ciudad de México se había convertido en un lugar inhóspito para los seres de la noche, pero Ciudad de México había quedado atrás y todos los sitios de peligro. Al igual que en Madrid. Londres, Amsterdam. Ahora se hallaba en París por vez primera y la noche le daba la bienvenida con todo el brillo de sus lunas cristalizadas y sus promesas.

Registrada en el Hôtel de Saints Pères, se extiende, demuestra, se deja leer. Toma un baño caliente y su mente acompasa la boga de la tina. Tomándose el tiempo que suele tomar antes de salir a cenar, antes de salir a encontrar pasión. El tiempo está exprimido en el puño. Arrugado, puro detesto, puño de rompeolas. La camarera se olvidó de proveer una esponja o los hoteles en Francia no las conocen. Un franco por cada bostezo. La chica que contesta el teléfono en recepción no puede entender lo que le está pidiendo. Lilith y la empleada pasan diez minutos intercambiando sonidos ininteligibles. El Príncipe de Praga, ahogado en el reloj de agua, jamás consiguió alguna.

-¡Ah, *oui, mademoiselle!*- la recepcionista exclama -¡*Le gant de toilette!*

Instantáneamente, Lilith reconoce que ha sido comprendida. *Sí...sí...oui, gant...mmm...para baño.* Dos frases más y ella aprende que los franceses piensan que una esponja es un artículo demasiado personal para compartir de un hotel, luego el francés carga con su *gant de toilette* cuando viaja.

Da prueba de su validez por el frío y regresa a la tina, entonces inmerge la cabeza un minuto. Sumergidos, toda inocencia puede llegar a ser culpa. Atrapa una bocanada de aire y se contrae para palparse. La toalla húmeda le sirve de antifaz de los ojos y cerrar los ojos alivia la resaca del *jet-lag*. Nuevos aeroplanos entran por su ventana. Diablos, ella estaba furiosamente hambrienta.

París es un lugar reputado por su cocina.

Alguien atribuyó a Hemingway la consideración de que París es un festín desmesurado. En 1765 se abrió en París la casa de comidas *De Boulanger*, en cuya fachada el dueño puso un letrero que decía “vengan todos los que sufran por problemas del hambre, yo los restauraré”. Lilith revisa el menú en una mesa a la intemperie de *Les Deux Magots*, predestinado *restaurant* en el Boulevard St. Germain, precisamente donde Boris Vian y Sartre y Simone de Beauvoir se sentaron a tomar *Pernod* en los cincuenta. Para los seres de la noche como ella, el existencialismo no era una filosofía del sin sentido, sino una forma más grande que los venablos. Ella se viste para lograr el mismo efecto. El vestido satín azul, escote pronunciado, mascada de pregunta sonreída. Con mayor elegancia se sienta mirando la calle, cruza la pierna. Un simple vaso de Perrier *avec citroen* delante suyo. No *entrées*, sino la espera del plato fuerte.

El caballero lucía con la vacía cantina a cuestas, pero su alegría era cabal. Este comensal nota la presencia de Lilith y le invita una bebida mediante señas. Ella responde

que ya cuenta con una levantando su vaso de *Perrier*. El tipo insiste que tome otra bebida, otra clase de bebida, una más fuerte al paladar. Lilith responde con un “*No, gracias*”, soplando con los labios. De este modo, ella deja bien claro que no es una prostituta. Es la misma historia de toda ciudad grande siempre, la alegoría del agua ígnea.

Aunque sus palabras no fueron descifrables, el gruñido de su estómago, sí.

-¿Have you had dinner? – pregunta el hombre con inglés muy técnico.

Ella no responde inmediatamente, las bandejas hablaban primero. Ahora él se halla parado junto a su mesa.

-¿I could sit down perhaps? – insiste.

Ella sigue sus movimientos con la vista, tomando asiento como un queso. Atrapado, sí, atrapado.

-¿So, You’re an american? – pregunta Lilith, sabiendo de antemano que no.

-Yes, from Los Angeles...¿You’ve been there?

-Yes, of course. I’ve been in America many times myself. I’m an art dealer.

-¡I drink to that! - brinda el interlocutor, tomando la botella de *Perrier*.

Se intercala un largo silencio de dos minutos. Ambos intercambian sonrisas.

-Hey, I must make a telephone call to book this appointment at Louvre’s. ¿Would you care to walk with me to find one perhaps? – comenta Lilith.

-I think that would be lovely – responde el hombre con los brazos cruzados sin ceder.

Ella termina su vaso con aire genuflexo y se pone en pie lentamente. Azul satín, fiesta y trampa a la altura de los ojos. Atrapado, sí, atrapado.

Ambos caminan la Rue St. Benoît siendo las 2 a.m. Dos restaurantes se localizan al final de la calle y el gentil acompañante sugiere detenerse en alguno de ellos. Lilith hace

una encantadora negativa con la cabeza y contesta en italiano sin darse cuenta, *¿Por qué no caminamos un poco más?...Quisiera hallar un lugar más romántico*. El tipo no discute el argumento. Ambos toman la Rue Jacob para regresar a la Rue des Saints Pères, como si se tratara de caminar dando círculos. El obscuro Sena aparece delante del par de peatones.

-¿Podemos bajar al río?

-Mamma mía, la Donna mangia quasi sempre pochissimo –advierte el individuo, desconcertado.

Lilith se adelanta a bajar los escalones para acceder al Pont Royal y disfrutar de la vista de los *bateaux* o barcazas que navegan pausadamente por el río. Borracho de corchos, el hombre le tiende la mano, inseguro. Voces amigas inquietan el rumbo. Lejos, lejos.

-¡Bajo el puente!– Lilith tira de la corbata del acompañante y ríe.

Allí, bajo el puente, en la pupila de las sombras, se da el robo de ansias. Ella toma el rostro masculino entre sus dos manos y le permite coleccionar un pedacito de aliento. Ambos se besan por largo rato, mordiéndose los labios mutuamente en este negro secreto que se hace grande, palmo a palmo, pero ella gruñe, su pasión llega al clímax. Y ahora Lilith se quita la ropa, reemplazada por otra cosa.

El ser de la noche

Lilith, la legendaria reina de la noche y madre de los demonios. Jehová la creó del mismo barro que Adán, para que fuera su esposa, pero su alma fue malograda en el proceso y simplemente pudo dar nacimiento a espíritus malignos. Para enmendar su error, Jehová tomó un reemplazo sacando a Eva de un costado de Adán. Uncida la cábala, Lilith decidió propagar los demonios por el mundo.

Lilith es una mujer de incorruptible belleza, con un insaciable apetito por la sangre. Probablemente Lilith sea el vampiro primordial, dado que requiere de dicha proteína para

ovular el planetoide vindicativo. Una referencia medieval sobre Lilith se halla en el texto anónimo *El Alfabeto de Ben-Sira*, escrito en los siglos 8 y 11 de la era cristiana, donde Lilith es descrita como la primera esposa carnal rehusando asumir un papel sumiso durante el coito con Adán y dejándolo por una segunda naturaleza. El castigo por decantar la sangre inmunda ha pasado de un condenado a otro durante centurias.

El hombre mantenía la erección, aún cuando su cuello era desgarrado. Ahora ella termina de desnudar el cuerpo y lo arroja de espalda contra los escalones. Los colmillos avivan su completa metamorfosis, mientras lo monta. Las uñas provocando sus sombríos rasguños, hexagramas chinos en la piel. Los ruidos que van a deglutir la cacería en orgasmo. Repentinamente, un hipo. La plegaria del agua abre círculos concéntricos, fastidiosamente la brisa bosteza una hoja. Lilith ha cenado *alfresco*.

No, nada se compara a la comida casera...hasta probar un *Vichysoisse*.

París es un lugar reputado por sus recetas. Los cinco tiempos de Escoffier.

Y Lilith salió a cenar todas las noches.

A su parecer, había sido una buena semana de dieta. Un militar retirado de espeso bigote blanco en L'Etoile, disparando a las circulares aves del Arco del Triunfo. Una chica manicurista en Rue de Rivoli. Un estudiante sueco en L'École des Beaux-Arts. Un doble de Jean Paul Belmondo cerca del Hotel Ritz, vigilando lo que pasa por la Plaza Vendome. Un doble de Gabriel Fuster bañando a su *Doppelgänger* con *champagne* en el Lido. La tía y sobrina somalíes bajando como un compás de geometría de la Torre Eiffel. Siete días en París.

Era Sábado de nueva cuenta. *Samedi*

Limpia de cuerpo, Lilith se sintió con ganas de ir a bailar. Uno de los casuales que pretendía matarla de colesterol le comentó que el lugar de moda era una *discothèque* llamada *Les Bains-Douches*, que se traduce como *Los baños de regadera*, porque originalmente fueron baños en el siglo diecinueve. Lilith se presenta en la pesada pared transparente del *boîte*. Una pareja detrás del vidrio escoge quién entra y quién no. Al igual que en New York, mientras más tiempo pasas afuera del club, más es el anhelo por entrar.

La mujer vistiendo *Versace* se fija en ella. El hombre con corte ralo la invita a pasar con el dedo. Lilith se sabe segura de su *sex-appeal*, luego no se preocupó por tener acceso ni por un momento. Ahora, alrededor suyo, todo el frenesí y el color y la carne firme de París se acomodaba como el jardín de las delicias.

Ella baila un poco, bebe un poco, sonrío un poco y espera.

No por mucho tiempo.

El muchacho viste una camiseta con la leyenda *Dangerous Liaisons. Chevalier X* no es el amigo americano sino un francés en sus jeans apretados y botas de motociclista, el pelo sobre los hombros. Extremadamente sensitiva al dióxido de carbono que exhala cada respiración, al igual que las distintas sustancias que se hallan en el sudor, Lilith sabe que éste es el elegido. El chico hace contacto visual.

Su nombre es Valentine. El es un excelente bailarín, felino. El momento que bailan juntos, él la toma por la cintura, tan cerca como un extraño tiene derecho a tenerla. Ella sonrío para indicarle que ya no son dos extraños. El sugiere continuar la fiesta en su departamento en Les Marais.

La pareja se dirige al otro lado del río, en la vieja sección, comenzando con las viejas porteras europeas bailando un *minuet*. El departamento está en un segundo piso, tercera ventana a la derecha. Adentro, él enciende un foco de bombilla en la sala y una

lámpara fluorescente en la cocina, ambas secciones las separan macetas de distintos tamaños. *Cannabis indica*, *Cannabis ruderalis*, *Cannabis sativa*. Los cuerpos tropiezan. Ella toma el rostro masculino entre sus manos como es su costumbre. El la detiene por las muñecas, sonrío y le dice, en francés que pudiera entender. *¿Tienes hambre?* Ella sonrío. Por supuesto, ella estaba hambrienta.

El joven pasa a la cocina y regresa con un plato de espárragos, zanahorias y mayonesa. El plato de espárragos, intacto, brilla como la luna en el Sena. Ambos se sientan en el suelo y conversan alrededor de las viandas. El lleva la mayor parte de platica, en un tono amable que no presentara problemas de traducción a su interlocutora. Lilith no entendía de todos modos, pero pasado un rato, no le importa más y simplemente lo deja hablar.

Aprovechando la pausa, Lilith se inclina sobre el muchacho y lo besa. El responde, deslizando una mano entre el cabello para tomarla de la nuca y retenerla en esa posición. Un *nouveau frisson* la atraviesa como espada. Ella abre los ojos y nota que el muchacho mira las sombras proyectadas contra la pared sobre su hombro. La desnudez de Dios, probablemente inadvertido que se ha desintegrado al volver a la tierra, el mismo cuerpo de Lilith transformándose en el ser de la noche. Rápido, cualquier movimiento siguiente tenía que ser rápido.

El cuello del muchacho es dilacerado.

La hemorragia salta al piso de la guillotina. La embestida de los borbotones saluda con el suero de la sangre vegetal, o pioverdín, o esos metabolitos secundarios responsables del pigmento amarillo verdoso en la savia de las plantas. Un metabolito primario es esencial para el normal desarrollo y la reproducción. Un metabolito secundario más bien

guarda una función ecológica. Por ejemplo, antibióticos y pigmentos. Un topetazo con la plancha de plomo y el derrame se vuelve tan pegajoso como el alquitrán.

Lilith observa la herida recién abierta sanar al instante.

Por primera vez, en su larga vida, entra en miedo.

-¿Te gustaría oír un poco de jazz? – pregunta el muchacho. Curiosamente, sus labios no se mueven al hablar.

Al instante, Lilith entiende porque su francés por períodos le resultaba comprensible. El se comunicaba de forma telepática todo el tiempo. Sin embargo, no devuelve una respuesta.

-Si no quieres oír música, probablemente quieras algo de comer – piensa en voz alta y levanta el plato a la altura del rostro.

-¿Quién eres tú?

-Valentine

-Quiero decir, ¿qué eres tú? ¿Otro espárrago?

-No precisamente –responde la voz dentro de su cabeza. –Soy un homúnculo, de diferente padre y madre que tú, pero igualmente inmortal.

El homúnculo, o pequeño hombre artificial producido mediante alquimia. Theophrastus Bombast von Hohenheim Paracelsus, o económicamente Paracelso, para atender a sus amigos y familiares y algunos trámites reales, probablemente fue el primero en crear uno. Paracelso demostró que el *limus terrae*, de donde el hombre fue creado en el edén, es en realidad un extracto de todas las cosas en existencia, por lo tanto crear una vida nueva mediante lodo no es un propósito divino. El existencialismo no pudo explicarlo mejor.

Valentine se deshace de su ropa y huele a fruta fresca.

Por lo que al género humano respecta, él estaba perfectamente creado, era un hombre con la buena ración de milagros y Lilith sentía responder a su desnudez.

Entonces, el acto de amor los convierte en una leyenda apócrifa. Lilith escucha a Valetine susurrarle al oído: *C'était un rendezvous*.

Y por primera vez en la vida, Lilith no comía *a la carte*.

EUTAN ASIA

China guarda muchos secretos. En la milenaria ruta del SO del país, en la región más elevada del mundo y escoltada con tendidos multicolores que mueve el clima riguroso cual diminutas banderas y que los viajeros conocen como *corceles del viento* por su semejanza de movimiento con las crines de un caballo, ya se ubica un monasterio, cortado por el sistema del Himalaya, y donde un grupo de monjes veneran al último Tunkou'er. El animal celestial de las grandes fauces. Se trata de un ser de terrible presencia. Las mandíbulas son prontas a cerrarse de golpe sobre los demonios y otras presas que se atreven a invadir su capital derrocada. Las hileras de colmillos parten la roca en dos. Los nativos diseñan máscaras del ser para asir a la tierra un solar gruñido de estulticia que los convierte en espíritus ansiosos, desnudos, contrahechos y mortecinos. Los monjes lamas son los más sagrados de los hombres. Ellos han tratado de aparearlo con la tierra madre para preservar la rara especie en el decurso de las eras imaginarias. Ellos lo unieron con un cerdo que produjo algo que no pudo ni volar ni ver. También lo unieron con el Yeti pero el vástago nació muerto y no se corrompía. Lo unieron con cisnes, con yaks y con zorras. En toda ocasión, la prole no fue lo esperado y los resultados de esa unión fueron encerrados en jaulas de oro. Gabriel Fuster rectifica su Urdu, pero se mantiene ilegible lo superpuesto al margen en su libreta refiriéndose a Marco Polo y la llave entregada. Finalmente, lo juntaron con una mujer virgen, robada de una villa cercana. La moza murió en el parto, pero el hijo vivió con verdor transitorio hasta desarrollar progeria. Los monjes budistas debían cambiar la piel de lana en la cuna tres veces al día, debido al orín manador. En términos simbólicos, los monjes esperan encontrar la pareja idónea para el Tunkou'er antes que sucedan otros mil años. En los resguardos de un invierno milenario, establecen conexiones con lo

imposible. El zen dicta sostener el plato de cobre. Ellos no saben lo que el monstruo piensa, lo que ciertamente quiere. El pasmoso Tunkou'er quiere estar muerto.

IN THE NAME OF LOVE

Finalmente, él supo que el mundo iba a llegar a su fin. El presentimiento creció con terrible pereza, pero la total certidumbre del acontecimiento a suceder. El suyo no era un talento perfecto pero, en cierto modo, el equivalente a poseer una gema con pequeñas imperfecciones. Su don era capaz de dar testimonio de un futuro improbable, pero difícilmente el suyo propio.

La vergüenza de la Cassandra.

Sin embargo, los signos giran y giran por encima de los hombros y van a su cabeza, breves, floridos, nuevos atentados al sueño del loco, vivos como los delirios que el vino traduce. Plácido universo celebrando la sorpresa del niño que a los diez años descubre como ajeno el mundo. Los vislumbres fueron puestos en una pieza y concluyó que el mundo llegaba a su fin. A partir de dos semanas. El jueves por la noche, pero antes era menester tocarle el culo a una mujer por vez primera.

Que ejercicio más raro el adivinar el porvenir. Por años, Ramón Pérez planeó con los muchachos alguna vez hacerlo. Apenas unos cuantos recuerdan la promesa. En esta desventaja, él sabe que no sabe lo que pasó después (Gabriel Fuster no lo escribe aquí, por considerar una segunda versión del cuento). Los muchachos eligieron una vida. Ramón perdona, musita ciertos planes, pide disculpa, releva los crasos errores donde pone el corazón que usa a su manera. Vive con su madre, largo tiempo viuda, y el cadáver austero del padre rondando en la memoria. Por años, mantiene el trabajo de metereólogo en el Centro de Previsión del Golfo, cumple el pronóstico del tiempo. Soleado o días con lluvia. La telaraña del silencio por silencio crece en la ventana. El hilo dicta que, sí está seco,

tenemos un espléndido día de sol. Si se mueve, seguro sopla el viento. Si se moja, seguro cae lluvia. Y si no se halla en su lugar, ciertamente está temblando. Por años, el telar de las costumbres pende de un hilo. En casa, el nudo en las rosas maniatadas igual resiste el peso de la fotografía en sepia de familia. Madre e hijo defienden la rutina y los relojes llevan la misma cadencia. La cuerda del estambre se rompe el día que mamá fallece. A partir de ese momento, Ramón llora en la azotea sin haber encontrado el desnudo de una mujer.

Ramón viene a percatarse que, seis años posteriores a la muerte de su madre, él puede vislumbrar el fin del mundo de cuando en cuando. No es una herencia, no es un amuleto, sino la antigua promesa que recuerda a los muchachos. Imagina a los hijos, felices por el arribo...“¡Ahí está papá! ¡Ya llega!”. Y de golpe, ven como se desintegra la nave en el aire.

-¿Cómo puede un hombre alcanzar los 44 años sin tener nada?

A falta de un taller para arreglar futuros, Ramón tenía nada. Nada de talento, nada de propósitos. Ninguna marca de su paso por el mundo. Como hombre en pleno goce de sus facultades, la idea de pagar a una mujer resulta conveniente a otras consideraciones. Escucha el consejo de alguien y dispone de todos sus ahorros, pues no queda mucho tiempo.

Todo sea en nombre del amor.

La mujer está quieta. Las largas piernas en posición cruzada. El escote revelador. La cabeza en extraño ángulo de espera. Ojos y cabellos rotundos como el acto de seducir

El tugurio es una gruta azul donde arden y brillan golfos mentales. La marea eléctrica lleva a Ramón a ocupar el asiento vacío junto a la dama.

-¿Me permites invitarte otra bebida?

Ella toma conocimiento de su presencia y su pregunta como hojear sin costo el directorio telefónico. Ramón atrae con señas al cantinero.

-Dame una coca. Y sírvele a la señorita otra ronda de lo que esté tomando.

La mujer levanta una ceja y ordena.

-Bacardi añejo, Hugo.

El cantinero da un guiño y pone la eternidad en un Cognac ingrávido. La mujer da las gracias y el sol en estado líquido circula por su voz.

Ramon destapa su refresco burbujeante en lata.

-Hago mi brindis con Coca-Cola, porque soy totalmente abstemio.

-Por mí puedes beber hasta orines si gustas, mientras pagues tu cuenta y la mía

Ella voltea y pierde la mirada en la iridiscencia floral del letrero luminoso. Ramón se disculpa.

-Hey, sólo fue un mal comentario. No soy tan elocuente al hablar con las mujeres, salvo mi madre que...

-No hagas caso.

-Yo...

-Mira, galán, ¿vamos directo al punto o qué?. Ya es tarde y ya estoy harta de los cacahuates, uno más y me sale trompa.

Confrontado de ese modo, Ramón queda aturdido. El quiere llorar. La fuerza de la vida y sus renovaciones no eran del modo que hubo imaginado. Tose dos veces y se agacha por la moneda de cambio.

-Dios mío, otro perdedor. Vaya suerte la mía.

Ella sorbe el resto de su bebida y se baja del taburete. La falda le cae a las rodillas, luego toma su bolso y se encamina a la puerta.

Nuevo pánico invade a Ramón. En su sano juicio, significa su última oportunidad y no basta pisar el mosaico para estar en la tierra. Ramón hace gambetas, realiza fintas en lo que apresura el paso a la salida, para tirar de la correa del bolso y detenerla.

-Señorita

-¡Hey!

-Ok, perdón...nunca supe su nombre

La mujer sigue el estruendo de los automóviles, percibe el ritmo *hip-hop* del corazón y prodiga el ancho de sus pechos a la muchedumbre.

-Moraima

-Moraima, quiero decirte que eres muy sexy...

-Ja, muy lindo....ok, son mil pesos, ¿tienes esa cantidad? ¡Hey, no tomo tarjetas de débito ni *American Express*!

Ramón hunde la mano en el pantalón y saca el fajo de billetes. Ochenta mil pesos en billetes de alta denominación, apenas el abanico de aire sucio. La vista del dinero acaba con la migraña del día.

-Wow, después de todo no eres un cretino sin destino como supuse.

La pareja se consigue un cuarto de motel. Ramón acerca la oreja a la puerta para ver si alguien se decidía salir, pero como no lo hacia nadie, ha llamado un par de veces. Moraima porta un cargamento de pólvora en el ombligo, vuela la perilla y pasa de largo la escena ridícula. Cualquiera supone que así empiezan las grandes historias de amor. La tele está encendida en el interior y la cama huele a comida. Ramón juega a perderse del otro en el baño, se desviste con previo aviso por ser la primera vez. En pocos minutos, se hace el viaje necesario por el constante galopar de la carne. Cuando terminan, él queda tirado en la cama como el príncipe del cuento, tibio y feliz. La mujer se levanta de su lugar, se envuelve

en la toalla y levanta los pétalos de lujuria por doquier en su camino a la ventana, para tomar los cigarros. El la sigue con la mirada, un nuevo sentimiento lo envuelve. Ramón ha conocido el amor, o algo parecido, aunque no tiene anhelos de explicar el instante.

-Toma mi cartera

-Como quieras, nene. – Moraima revisa la billetera que se rinde entreabierta -
¿Cuánto será mi propina por un trabajo bien hecho?

-Toma mi cartera...toda ella. No significa nada para mí

Moraima toca los billetes con reverencia, no pudiendo creer su suerte con tal idiota. Ramón cierra los ojos muy lentamente. La mujer queda con la tentación de convertir en oración el papel que se incendia más rápido que sus manos. La ventana se vuelve cenizas. En el punto final de la página, el mundo exterior se vuelve rojo y candente. Y eso es todo.

PIEDRA Y LODO

Cuando el escultor despertó, lo primero que vio con la curvatura de sus córneas fue la base como es la alineación en los menhires. Pasan veinte minutos y endereza la cabeza quejumbrosamente, el peso entregado boca abajo a la confusión de ripios y el polvo fino emplastándole los labios. Dicen que algún día nuestros cuerpos nos serán lejanos, pero ahora sus costillas se agitan al traer el bloque a la memoria, pero no es posible recordar la ocasión de haber comprado una cantera de tal volumen y unido de nuevo las imágenes con el espacio que se contrae, ¿De donde vino ese aerolito lanzado por el hombre? El otorgamiento es la medida del secuestro y entonces levanta la gran caja de aire que lo oprime impulsado de ambos brazos, apoyado con las rodillas, pero lo vence en su costado. Los ojos se levantan siguiendo la cúspide, aparentemente infinita, y cuando mira la mole en su completa magnitud, vuelve a perder el equilibrio como se saluda estupefacto a las montañas. El monolito es un perfecto paralelepípedo de uno por cuatro por nueve. No tenía recuerdo de cómo y cuándo o por qué...pero era su trabajo, eso era cierto. El dolor en sus muñecas se lo indicaba, el dolor tallando la misma piedra, corrigiendo el mismo canto todas las noches. Esta era la vida de Pedro, cincelandos el mármol más poderoso y en la obscuridad refulgiendo los golpes sobre la piedra, como lejanas y fugaces estrellas. Ahora Pedro, la piedra, se ha separado siete veces, en siete pedazos. No es tan complicado de explicar cuando se recurre a la lógica de los sueños. Su alma dormitaba oscilando entre frío y caliente dentro del basamento de su templo, pero su carne se fragmentó en siete modos y resultando siete levantamientos, replegados como la traza semejante de aves circulares del destierro, todos la misma noche. Roto el sueño de la sucesión numérica igualado con el místico siete, las siete fundaciones fijan su incandescencia como las siete piedras del poder.

Por eso aquí y allí, los excavadores de la identidad saben que la piedra sirve para construir o destruir.

Pedro invoca las siete piedras del poder.

Las Tablas de la Ley, escritas por el dedo de Dios y entregadas a Moisés para ser puestas a buen resguardo dentro del Arca de la Alianza.

El Amida de Diabutsu, o el Buda de las infinitas cualidades meritorias, dentro del templo devastado por el terremoto de Kyobe, en el Japón de los seis elementos taoístas.

La Hajar al-Aswad, o la piedra negra, el gran símbolo religioso del Islam, mantenida en una sola pieza por hilo de plata y venerada en el santuario de Ka'bah, la sagrada mezquita en La Meca.

La piedra de Blarney, en Irlanda, que confiere el poder de la elocuencia a aquel que la besa.

La gran Piedra del Sol, pieza del calendario azteca que fijaba los ciclos de siembra y de guerra.

La Piedra del Destino, también conocida con nombres distintos como la almohadilla de Jacob, la Piedra de la Coronación, la Piedra de Scone y que le se ubica todavía con las enredaderas del verano en el castillo de Edimburgo para los mejores días de la monarquía inglesa.

La roca Ayers, una larga formación mineral en las entrañas de Australia que los nativos consideran el remarcable guijarro que cayó del cielo.

Siete piedras.

Como se deben haber reído los Atlantes ante una era de temblores. Ahora Gabriel Fuster se halla programando el resurgimiento del continente perdido del fondo del mar. La última gaveta de los manifiestos se abre por un loco y no hay nadie que pueda hacer algo

para evitarlo. No todo es archivo muerto. El Oricalco absorbe lento a nuestro escultor cuando brincan sus lascas por doquier, los fragmentos oscuros que cruzaron un océano y pasaron de los tesoros escondidos de los cosacos de Zaporizhia a los cofres de las mujeres de la nobleza de Europa del Este, a las dotes de las *demimondaines* que pintaba Manet y los impresionistas a las talegas de gamuza entre los vicarios de la Iglesia Anglicana a los bolsillos de las chaquetas del Nuevo Mundo. Cada piedra se hizo famosa. Sus nombres son leyendas. El diamante Koh-i-noor, que los persas dieron en llamar la montaña de luz. La piedra filosofal que cegó a los alquimistas y permuta el plomo en oro. El talismán de Suleiman, el Magnífico. La inscripción de Behistun, que sirve a la escritura cuneiforme como a la escritura jeroglífica sirve la piedra Rossetta. Finalmente, la simple piedra que tallada contra otra, permitió al hombre apropiarse del fuego.

Pedro vomita lava.

Hombres anónimos se escuchan cantar en el nacimiento de la noche. Una mantra tropieza la cabeza con un dolmen. Dos toros purificados son traídos al sitio y el aire se organiza en conjuro al degollar a los animales. Luego sigue el becerro procesional, cuya sangre es vertida en una jofaina y las entrañas interpretadas por las vírgenes. Un cuerpo resucita y dicta en la niebla, entonces los hombres anónimos, cuyo ritual repasa la última edad de bronce, retiran sus máscaras, pieles y amuletos de animales sólo existentes en pesadillas. La luna aprecia la esbelta hoguera meridional y los hombres van caminando al centro del círculo mágico en Stonehenge, levantando los brazos, continuando el cántico.

El sumo sacerdote, envuelto en tafetán blanco, incorpora la copa ceremonial al furor de las hachas para que un dios dorado ocupe su lugar. Sus facetas terminan en el ojo de la calcinación, un ojo colosal como una piedra que ve de nuevo y reconoce su desnudez.

En la piedra de los embalsamamientos, la cabeza de la niña es volteada en dirección al humo columnal y la invocación hace escarbar el amianto de un eclipse. Los hombres anónimos tiemblan, dan un paso, retroceden, mascan el vuelo de la ceniza por amor a algo innombrable que regresa del principio de los tiempos. Y sucede el terremoto. Las piedras componen otra formación que alimenta el cuerpo masivo, enorme, creciendo de la tierra, de un coloso. Titán levantándose por encima de los suplicantes mortales en un aumento de silencio. Los cantos lo llamaron. Los bailes lo llamaron. Los mitos lo hicieron real. La cabeza del ser ciclópeo busca las nubes nocturnas, como si pudiera ver las estrellas detrás de ellas. El cielo es el presentimiento de una voz que reclama: *Sueño*. Ellos escuchan el relámpago que resbala por su boca y al fin calla. Se trata de la voz de quien sueña la escena. La idea fija que sucede dentro de la cabeza de Pedro, escultor de la piedra, pensando que el hombre es el momento en que la tierra duda de ser tierra. El ser en pie, inhumano rigor y geometría, se inclina y extiende una mano en pos del sumo sacerdote. El druida teme levantar la vista, pero sus plegarias son para elevarse a sí mismo a una posición de poder. El dedo lo toca y un incendio azul consume el cuerpo en un instante. El lamento del hombre es un evento terrible. El coloso ocurre en desmembramiento acorde con la orden toscana y las rocas vuelven a ser rocas nuevamente en las negras simas del tiempo. Stonehenge solidificado más una pieza nueva, el ara, el trozo de mármol azul hincado en el mundo por la cólera de la geología.

Pedro vomita lava. Y mientras, en acoso, en abrazo, en sitio, la imaginación siempre atónita, con ojeras y párpados de asombro, ardiendo por la fuerza volcánica de la sangre, hace la página de piedra; signos carbonés, caracteres bárbaros en llamas, una estela con la

conversación interminable del universo, aferrándose ansiosa, imperecedera, en lo que deseáramos eterno por debajo de las ruinas. La lápida del notable.

PRINCIPE BOCADO, NO MYSHKIN NI CEBOLLA

Es por el respeto a la larga tradición de la tortilla, que es su componente básico, por qué el taco se come de pie. Tacos de maciza, costilla, cuerito, hígado, nana, surtido, etcétera. Habrá que hacer el museo, aunque hay quien confunde el plural de *tacos*, refiriéndose a los de fútbol, los de billar o los de elegancia afectada. Los tacos son un bocado nacional y no se trata simplemente que *Tacos Tomás* tenga la mayor demanda en el mundo civilizado de consumo, gente rodeando el carro pequeño, tipo cajón abierto en que se representan los autos sacramentales el día del Corpus, esperando turno o no esperando nada, sino que su dueño es uno de los mejores conversadores sobre literatura rusa, especialmente Chejov y Dostoevsky, que se pueden encontrar.

Los puestos son cajas que corren sobre rueditas, lo cual evita una fricción que acaso levante las moscas de los fiambres. Basta con abrirlas para que, como las cajas de música, suenen. Tampoco cuesta trabajo imaginar las alcantarillas musicalizadas por Stravinsky. Este doble incentivo explica por qué es obligado regresar a estos comedores ambulantes donde se discuten temas que son del interés de todos, pero especialmente detenerse en el puesto de carnitas que podemos ver en la Avenida Colón, para comer una docena de tacos y platicar con Tomás, que sabe todo lo que se puede saber acerca del fabuloso Fyodor.

-Si tuvieras la oportunidad de platicar con alguien famoso, vivo o muerto, ¿a quién escogerías? –pregunta Tomás a una segunda voz, desconocida como la beldad que habla con la boca llena.

-Al vivo, por supuesto – responde la muchacha, con el pinchazo de su sonrisa.

-¡Otros seis de maciza, sin cilantro y cebolla, por favor! – chilla otra dama, oculta en la panoplia de platos de plástico.

-No es toda su culpa que fuera tan vil con las mujeres – voltea a mi persona, para reanudar su comentario – Dostoevsky fue un hombre lastimado por sus pasiones. La más dañina de ellas, su lamentable amor por Paulina Suslova. Y la segunda, su obsesión por el juego.

-¿Ves cómo eres? – yo acuso por encima de lo inaudible – Tú juzgas igual que los demás. Listos en todo momento para condenar a un genio simplemente porque éste resultó un mentiroso, un vividor, un jugador obsesivo que pedía dinero a cuantos lo consideraban un amigo y nunca les pagaba un centavo de vuelta. Un hombre que abandonó a su mujer y sus hijos. Un epiléptico que apenas escribió una docena de trabajos considerados entre los más grandes manuscritos de ficción que el mundo pudiera conocer. Y si acaso maltrataba a las mujeres, era solamente otra manifestación de su atormentado espíritu y, por favor, dame otros tres de costilla, sin chile y doble tortilla...

Tomás afila el largo cuchillo con la elegancia de un violinista y parte en dos el corazón.

En la tabla de justo equilibrio, igualmente existen mujeres que parten el corazón a la mitad, pero son seres metafísicos, inescrutables. De quienes no es posible saber su lugar de origen ni su verdadero nombre, sino hasta que el daño está hecho.

-¡Ja! – exclama Tomás, repartiendo los platos. –La verdad llana y simple es que todos los hombres en Dostoevsky maltratan a las mujeres. Cada personaje mayor, cada carácter menor, cada fuerza motriz, cada icono en su literatura invalida tu posición. Vamos, nómbrame una excepción de substancia...

Termino de deglutir mi bocado. Doy un sorbo a mi Coca-cola y, paladeándome los dientes, respondo con un susurro: *Myshkin*.

Tomás se queda petrificado. Limpia, nervioso, sus manos como abanicos en el mandil.

-Sí, claro...Myshkin. Sí, él trataba a las mujeres decentemente...;pero él era un idiota!

En la distancia, Gabriel Fuster intenta arrollar a su novia en turno. Aun así da la impresión de que es su automóvil que saldrá volando y habrá de concluir su viaje debajo de los pies de algún curioso. De ahí que el testigo, o quién esté esperando su platillo, se mantenga dispuesto a dar un brinco atrás, o a un lado, por si ve la luna frágil describir una parábola en el aire y venir a él.

-Algunos hombres son demasiado buenos con las mujeres – comenta Tomás, tras la escena.

Me quedo pensativo un momento. El comensal al lado se involucra en la conversación y dice:

-Ok, escuchen esto. La primera chica que me enamoré, Nina, tenía dieciséis años y yo diecisiete. Ambos vivíamos en la misma calle del centro. Su padre era el dueño de la carnicería de la esquina. Gran cosa. Mi familia no tenía la solvencia para comer *T-bone* todos los días. Ella me amaba de igual modo, así que nos fugamos. Tomamos juntos la ruta a la frontera con Texas, caminado, pidiendo *aventones*, infiltrándonos de polizontes, viviendo la vida en pareja dentro de los vagones del tren, entonces ella pescó una neumonía antes de alcanzar nuestro destino y murió en una cama de la Cruz Roja en Linares, Nuevo León.

Me vi impotente, devastado.

Lo siguiente que supe fue que había cruzado el río Bravo como ilegal. Allí me enlisté en la marina como pinche. En otra pinche maniobra, termino embarcado para

Bangkok. En una tienda de masajes conozco a Katsumi. No abundo en preguntas. Quizás su nombre verdadero era Sun Tung Sin. O quizás era Orange Blossom conduciendo un tuk-tuk . Me doy cuenta que le agrado más de la cuenta. Ok, esto es miscegenación, pero que diablos, ella era dulce y atenta. Me hace olvidar el duelo. Yo la trato bien, ella me da dos hijos. Todo es una película de festival hasta que caminamos las calles circundantes de Khao San Road, buscando vender bisutería para ayudar a la economía familiar, cuando sucede un incendio en la venta de comidas especiadas y se extiende al resto del mercado. Esta muchacha dulce, probablemente llamada Orange Blossom o mamá, es aventada por la enigmática mano abierta de la multitud corriendo y lo siguiente que supe es que mi familia yacía sin vida en un charco de agua y ceniza, mientras las llamas consumían Kao San Road.

Me vi mutilado, consumido. No pude hacer otra cosa que llorar, hincado.

Entonces despierto en un hospital. Dos representantes de la embajada de México vigilan mi recuperación al pie de la cama. Soy deportado a las 72 horas. En el vuelo MX-059 conozco a esta atractiva azafata, Cloé. Ella me reubica en primera clase, me ofrece cerveza Corona. Ojalá nos volvamos a ver en México, ella dice. ¿Estoy en el cielo?, yo pregunto. Ella sonrío inteligente, el amor es algo así como un batir de alas. Y el enamorado se confía, cree que se ha apropiado de la voluntad para volar y se arroja al vacío. Más, en un cuarto del Hotel Regis, ella demuestra que es capaz de hacer el amor como los colibríes abrevan de las flores, suspendida en el aire. De pronto sube una mujer alada al metro o al micro y causa revuelo. Nadie se habría imaginado que iba a subirse mujer semejante. Ni siquiera en su asiento se puede estar en paz, porque las alas molestan, despeinan, empujan. La mujer pide disculpas, asegura que en cosas de minutos llegará a su destino, donde se apeará definitivamente. La puerta se cierra y su pie queda atrapado, luego su cuerpo es

arrastrado cuadra y media antes que el chofer se de cuenta que los golpes no son de una ponchadura, sino la cabeza rebotando en el pavimento.

Simplemente recojo las plumas del pavimento en el día de nuestra primera despedida.

Reconozco que no debo involucrarme con una mujer más, especialmente mayor que yo. Asia Carrera tenía 48 cuando la conocí. Está bien, lo admito, se trataba de un absurdo zodiacal, pero yo estaba decapitado, no tenía cabeza para pensar, pero he aquí el daño especial, aquí el rasgar de un cielo elaborado con un cordel, el final de las largas caminatas, las muestras de cine italiano, la comida cantonesa, las abiertas y francas discusiones sobre la infidelidad y el canal de panamá, cuando una profunda experiencia sexual culmina en un arresto cardíaco.

Me veo extenuado nuevamente a migajas de vidas pasadas.

Entonces, en una rápida sucesión conozco a Bárbara, que adquiere un herpes y rehusa a seguirme viendo porque acusa que va ser una inválida por el resto de su vida. A Erica, Victoria y Rubí, las mujeres tristes, quienes invariablemente terminan en destructivas relaciones con hombres casados. Y finalmente a Carmen Luvana, derrumbada en casa de su madre, desamparadas ambas, registrando cajones en busca de recuerdos, de pólizas que ofrecen una segunda oportunidad. La gente de la aseguradora no percibe el origen de esta carencia entre fantasmas. Me confieso un fetichista empedernido igual, luego acepto la mala costumbre de quedarme con los objetos que son de otros. Yo adquiero las deudas de la casa, aunque madre e hija no vuelven a cruzar palabra. La muchacha nunca salió del coma. Los doctores retocaron su radiografía con letras pequeñas por dos meses, pero antes yo me escurro en el hospital y desconecto el enchufe que la tiene con vida. La vida no siempre se reduce a guardar lo que quede.

Y eso es todo. Ahora, ¿qué piensa de todo ello?.

El tipo se me queda mirando.

Yo devuelvo el reconocimiento del cegato.

-Mmmm – rezonga – trata de encontrar un poco de compasión entre extraños.

Se retira a pie, cruza a la calle Alaminos, dobla la esquina y desaparece

Me quedo distraído viendo su partida.

-¿Qué fue todo eso? – Tomás interrumpe los vapores trenzados de la idea.

-Tienes razón, algunos hombres no saben tratar a las mujeres...

Tomás asiente con satisfacción y me extiende un plato de costillas, persignándolo con sal, sin chile ni cebolla.

NUESTRA CASA EN LA CUADRA DIMENSION

Los arquitectos son considerados caprichosos por excelencia en cualquier parte del mundo.

-¿Qué es una casa? – pregunta el arquitecto Rafael Tejeda a su cliente y amigo.

-Bueno – Manuel Mejía responde con cautela– hablando en términos prácticos, una casa es un invento que sirve para guarecernos de la lluvia.

-Mierda, eres tan práctico como las autoridades del Fondo Nacional para la Vivienda

-Nunca dije que mi definición estuviera completa

-¿Completa? Ni siquiera apunta a la dirección correcta. Con ese punto de vista, no habríamos dejado las cuevas todavía.

-Supongo que dentro de la arquitectura hay un espacio para los temas sobre la transformación, la geomorfología, la función estructural. Digo, de cuevas pasamos a los pasteles de tres pisos.

-Venustas, firmitas et utilitas

-Belleza, firmeza y utilidad....Marcus Vitruvius Pollio, Siglo 1. Y dime, ¿qué han conseguido Oscar Niemeyer o I. M. Pei o Frank Lloyd Wright a partir de entonces? ¿Le Corbusier?

-Le Comisiones, perdón, matemáticas financieras. O ¿es la geometría estática de Euclides las únicas formas al servicio del proyecto arquitectónico?

-Bueno, la geometría no euclidiana simplemente atraviesa la pared y desaparece. La *Gestalt*, el *Bauhaus*, juntos reinventaron la puerta al caso.

-Manolo, creo que le has atinado a algo. Imagina la infinita riqueza de dislates en cuatro dimensiones. ¡Qué casa, qué casa!

Psiquis sopla la frente de Rafael. Manuel queda suspenso con la mirada vacía.

-No seas absurdo...¿Cuatro dimensiones? El tiempo es la cuarta dimensión, según la relatividad. Tú no le puedes poner ladrillos a eso.

-Sí, sí, el tiempo es la cuarta dimensión. También lo es la hipoteca, pero no estoy pensando por la paciencia de las estaciones. Diablos, por economía de material, tú puedes concebir una casa de ocho habitaciones ocupando el mismo terreno de una casa de una habitación. Como luce un tesseracto. Caramba, merezco el premio Nacional de Bellas Artes.

-La casa de la mirada

-Te mostraré

Rafael abre un cajón y saca una caja de palillos, en realidad un puñado de líneas de madera. Las cosas, si no se nombran, se ocultan dentro del cajón y se quedan intactas. Enseguida endurece la bola de plastilina en la luz polvorienta del restirador y arregla dos juntas de masa en cada palillo, sin ver atrás ni al frente, a formar una figura unívoca de vértices conectados.

-Un cuadro, un cuadrado –comenta Manuel.

-Obviamente, hermano. Ahora, armamos otra figura semejante, luego unimos ambas con cuatro palillos perpendiculares y ¡Voila! tenemos un cubo.

Manuel puede sentir la escuadra de los palillos crepitar entre los dedos y enseguida perderla en el siguiente nivel. Largo, ancho y altura y nodo por nodo. El mismo objeto dibujado en el papel albanene resulta una incrustación de los ángulos rectos entre ángulos agudos y obtusos de una longitud igual. Este es el costo que hay que pagar por perder una dimensión en la proyección geométrica: no derecha izquierda, no arriba abajo, no frente atrás sino simultáneamente todos los ángulos rectos en todas estas direcciones. Ningún dibujante puede decir qué dirección es ésta, pero es posible deducir que existe. En este

caso, Rafael ha generado un hipercubo cuadridimensional de palillos y plastilina, o mejor llamado tesseracto.

-Un tesseracto, Manuel

-A mí me parece la cuna del diablo

-Ok, el hijo de puta se parece a dos cubos anidados, pero en el tesseracto de cuatro dimensiones todas las líneas tendrán longitud igual y todos los ángulos serán ángulos rectos.

-¿Dos cubos anidados? Yo nada más veo uno.

-Usa tu imaginación, hombre. Salvador Dalí pintó, en 1954, el cuadro titulado Crucifixión, o Corpus Hipercubus, donde muestra a un Cristo montado en una red singular del hipercubo. El cuadro se exhibe en el Museo Metropolitano de Nueva York.

-Quizás sea perspectiva para ti, pero yo lo veo enteramente chueco

-Diseñar la casa es tarea de desdoblarse la malla que proclama al hipercubo en un espacio tridimensional. Por ejemplo, una primera habitación al nivel del suelo destinada para garage. Siguen seis secciones sobrepuestas en el siguiente piso: sala, comedor, cocina, recámara principal, baño y cuarto de visitas. Y encima del conjunto habitacional, completamente cerrado y un anillo de ventanas en las cuatro paredes, tu estudio. Allí, ¿qué te parece?

Manuel repasa la proyección sobre los planos que no acaban de escribirse. El dibujo repite el esquema del cubo de Metatrón, el diseño sagrado que esconde los cinco sólidos platónicos. El ojo se anula en la intersección de la regla T.

-Parece que el baño cuelga del techo de la sala

-Sólo en perspectiva, sólo en perspectiva

-Estás loco, no se puede construir una casa así. Espera un momento, ¿no supones que ésta sea la casa que te estoy pagando?.

-¿Por qué no? Tu esposa quiere una casa moderna

-En su cabeza existe una casa con jardín al frente.

-Es una idea que se le metió...las mujeres no saben realmente lo que quieren de la moda

-Diana, sí

-Con esta casa, ella va ser el tema de platica entre sus amigas

-Bien, platica tú con ella

-Dale una sorpresa

-No sé...además, quiero cambiar el auto el próximo año.

-Hey, ¿quién lleva los pantalones en esa casa?

Manuel firma el cheque, custodiado de un escocés.

Las cosas se resuelven a la intemperie en provincia. Palmaria justicia social y menos trámites burocráticos, menos permisos, menos multas, menos sellos, menos babel y laberinto. Las casa ordinarias usualmente terminan de construirse al segundo mes. Los albañiles del arquitecto Tejeda erigen la vivienda imposible en cuestión de días. La visión del arquitecto encuentra pequeños contratiempos durante el proceso cuando los inspectores del INAH muestran inconformidad con la transversal del segundo piso en la forma de cruz. Nada que la quinta columna no apunte y un poco de dinero no haga el comentario de ingeniería convincente.

-¿Esta es la casa? –pregunta Diana

-¡Y vaya casa! ¡Es la sorpresa que te deparaba tu marido! ¡Espera a verla por dentro!

-¿Qué estilo es?

-Uno muy moderno, uno que es profecía, mito, historia, historieta, adivinanza. Estilo que no le pide nada a la casa dymaxion de Buckminster Fuller, pero necesita ser habitada para ser apreciada.

Rafael retira el letrero de venta. Diana abre la puerta y todos caminan hacia dentro de sí mismos. En el interior del inmueble no hay nadie ni hay nada que ver, salvo el equilibrista vendado que camina la cuerda floja de una sonrisa. Obviamente, esos visitantes pensaron que dentro de un chiste estaban emparedados.

-¿Dónde está el resto de la casa? – exclama Diana

-Fija en la mudanza. Vayamos arriba

-¿Cómo?

Los espacios fluyen y se despeñan en una escalera de vidrio y agua. Rafael invita a la pareja a subir los trece escalones rectificados. Los nuevos inquilinos ascienden tomados de la mano para quedar detenidos en la misma habitación por la que entraron. Enseguida bajan los mismos escalones para ponerle remedio a la curiosidad. El resultado es el mismo siempre. De todos modos, no estaría de más investigar a fondo el movimiento de los brazos mientras se sube o se baja.

-¡Que falta nos hace Escher! Cuándo menos sus instrucciones, ¿no les parece?

-¡Hemos sido robados, mi amor!

-¡Sí, mi vida!

-Calma, tomemos los escalones intermedios

De vuelta en el cuarto escalón, todo se halla en perfecto orden. Delante de ellos, repartidos en una espiral de claridades, se aprecian los espacios faltantes: cocina, comedor, sala y las dos recámaras. Los pisos toman el paso inconfundible de la marcha nupcial como son los criterios del diseño en las casas de tamaño miniatura que juegan las niñas. Algunos las llaman casas de muñecas.

-Debo reconocer que esto es encantador

-Entonces tenemos un trato

Rafael no termina de pronunciar sus palabras, cuando sucede la sacudida. Los franceses volvían a realizar una prueba nuclear en su atolón favorito. Las ondas de choque desencadenan terremotos y tsunamis en el resto del mundo. El movimiento cesó y el cuarto se convirtió en la azotea.

-¿Qué sucedió?

-¡Oh no, afuera es adentro, caminamos por donde nunca hemos estado!

-¿Qué diablos habla tu amigo, Manuel?

-¡Esta es una vindicación de mis teorías! ¡La casa es un verdadero tesseracto! ¡Fue el terremoto!

-Debería ser una casa segura. ¿Estamos hablando de vicios ocultos?

-No, no, desde el punto de vista teórico, yo construí una casa, ese femenino suave, de dulce fonética, en el cuerpo de un tesseracto desdoblado. Este universo, perfectamente estable en cuatro dimensiones, no lo era en tres dimensiones. El terremoto lo devolvió a su forma original.

-Ok, ¿dónde está la casa?

-Se ha ido.

-OK, nosotros también. Vámonos, querida.

Los esposos buscan su auto. El desorden y la simetría, el accidente y las duplicaciones, los desorienta por un instante. Un automóvil se acerca por el camino sin nombre. Gabriel Fuster baja la ventanilla al pasar al lado de los peatones que le hacen señales con el pañuelo.

-Hey, amigo, ¿nos puede ayudar?. Estamos perdidos

-No hay problema, ¿a dónde los llevó?

-Al Boulevard

-¿Boulevard? ¿Y dónde creen que están?

-En Veracruz.

-Se equivocan, ustedes están en Mallorca.

Y dicho esto, el espejo retrovisor esconde el mundo comprimido de los añicos.

LA CAJA DE PAN DURO

Love is a heartbreaker...

Elvis Presley

Para el tiempo que cumplió 25 años, Ruben Montiel había leído todo lo que se podía encontrar acerca del arcano tema del amor. El debió leer a Virgilio y Rabelais, Ovidio y Chuang Tzu, hojear el *Simposium* de Platón y a todos los neoplatonistas, revisar a Montaigne y Johannes Secundus. El debió estudiar cuanta página escrita por los poetas castellanos, desde los cantos anónimos de los siglos 13 y 15 hasta los poemas colectivos en los baños públicos, deteniéndose por largos ratos en el Barroco español, el Barroco de Indias, teniendo a la vista el corazón de Sor Juana, los pulmones del inca Garcilaso, aquellos transplantes oníricos en Góngora. Igualmente, él hubo leído cuanta traducción existente del sánscrito brindaba el saber del *Kama Sutra* y el *Anangaranga*, los cuales lo condujeron al tránsito obligado con los persas. El leyó *El Jardín Perfumado* del Sheik Nefzawi y el *Zenan-Nahmeh* de Fazil Bey, el *Beharistan* de Jami y el *Gulistan* de Sa-di, lecturas que lo condujeron al tránsito obligado con los siete manuales arábigos del sexo, que Ruben hizo inmediatamente a un lado, pues el sexo no era la materia de examen. El atendió las traducciones de Cortázar al *Chin P'ing Mei* y buscó cuanto remotamente pertinente hubiera en Freud. También conoció *La Fleur Lascivie Orientale* y la aún más rara traducción de *Contes Licencioux de Constantinople et de l'Asie Mineure*. El repasó las memorias de pomposidad trágica en Alphonsine Duplessis, Isadora Duncan, Anais Nin, Hector Savinien de Cyrano de Bergerac y otros. El absorbió las sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de los aforistas, de las clases de un profesor apócrifo a las novelas

palpitantes de Dumas, Goethe, Tolstoi y Moravia, del *dichterliebe* a los cuentos cortos sin esfuerzo de Gabriel Fuster, Gibran Jalil Gibran y Maupassant, únicamente para reparar que ellos sabían menos que él. Una moneda arrojada en el aire o una margarita deshojada son máquinas simples de producir respuestas al azar. Un libro abierto donde caiga, no. Sin embargo, lo no dicho se hace visible o, más exactamente, encarna con la pintura, pero consintiendo toda falsa representación del amor –vistos como el corazón cárdeno, Dios, un ave en su nido, el modelo externo– él sabía que ellos, los pintores, habían mondado apenas la capa más superficial de lo que es amor. Ni siquiera Boticelli o Da Vinci o Schiele o Picasso o Lichtenstein o Malevich o los artistas de *Mad*, con toda su inspiración, con toda su estética, tenían una mejor explicación que los escritores. Finalmente, para colmar las más desmesuradas apetencias de un investigador, un millón de cartas le provocaron al alma hincharse de voces amigas, pero ninguna le provocó la oportunidad del amor. No obstante, a pesar de las probabilidades que se disipan en la marcha, él encontró las pistas de un atrevido viraje en la noche de diciembre de 1987 y una vez encontrado el camino indicado, Ruben estaría muy asustado para dar un paso adelante.

En diciembre de 1987, prestando servicio en los Cuerpos de Paz con sede en Filipinas. Ruben Montiel, de 28 años de edad, tropezó con el hecho de que el Grial, según el misterio de su caprichosa etimología, existe. La expansión del mundo y la colonización han terminado. La metrópoli, donde empiezan las periódicas bancarrotas del erario, pide al orden mundial nuevos intercambios. Paco se une a los cuerpos de paz porque ellos extienden la dialéctica de Naciones Unidas, colaboración internacional, a invitación del nuevo gobierno de Corazón Aquino. Pero esa operación no unifica a la nación. Filipinas es el área de mayor altura humana y comercial, pero el pueblo vive por su cuenta, en los

barangay, o villas, lejos de la nueva constitución y los constantes rumores de golpe de Estado. Ruben Montiel se halla en el negocio que promueve la paz, pero los trabajadores humanitarios ofrecen alimento por sexo. Cada noche, las jóvenes nativas se arrastran a través de huecos en el alambrado que rodea el campamento, para ofrecer sexo a cambio de mercancías, tales como un plátano o una caja de leche, para alimentar a sus hijos o hermanos. Esta es una historia que no sonaría extraña en cualquier país en crisis, si no fuera por el detalle que Ruben encuentra el amor en el lugar más atroz y porque él y Náutica Gutierrez prefieren esconder bien las manos que sobrevivir. Tocar el mar de las numerosas islas circunvecinas, simular el pulpo con los dedos. No cabe desilusión en este pequeño gobierno local, consistente en apenas 30 viviendas, cuando el soldado enseña la pantorrilla y los cascos azules están cubriendo el huevo de la tortuga. Las mujeres de mayor edad se quedan a dormir con ellos en las barracas, las impúberes se desnudan ante ellos, mientras la lagartija mueve la colita para no caer en el esmalte blanco de un jarrón. Ellas tienen que hacerlo porque algunas no tienen a nadie que las cuide ni asegure alimento. Náutica llega a mitad de un juego de barajas, soplada por la luna. Un mosquete español dispara una salva al aire como exclamaciones, la bala es lenta para morir. Náutica es diminuta y frágil, Ruben es capaz de levantarla en vilo con un solo brazo. Sus rasgos son delicados y tienen luciérnaga. No obstante, su cara cambia drásticamente con la variación de la luz. Monet habría tenido que hacer su retrato dieciocho veces, como lo hizo con la Catedral Rouen, del alba al calmo atardecer, para capturar un único momento intocable. Ella es descendiente directa de esos sobrevivientes en la primera expedición de Fernando Magallanes a la isla principal de Cebú, entonces llamada Sugbo, en el dialecto *visayan*, y que funcionó de la esponja tediosa para volver a tierra durante las rutas comerciales con China, Siam, Acapulco y Arabia. En su porción de tierra rodeada de llanto, en isla Daanbantayan, ella había conocido otros

hombres antes, pero era un asunto que no le importaba hablar al respecto. Ruben padece el mal crónico de la culpabilidad desde la primera vez que tuvieron coito y sus manos no cesan de buscarle el filo del cuchillo a las cicatrices en la parte interna de sus muslos. Entonces, en la noche del 24 de diciembre de 1987, la pareja compartía un plato de cena de arroz y pescado, celebrando la nochebuena, cuando una bala perdida pasa como el aire liso del *taglamig*, la temporada fría de las tres estaciones reconocidas durante el año, y se esconde mortal en su cuerpo, separa su voz y la derriba sobre el piso de tablas. Ruben trata de contener la hemorragia, presiona las pulseras, pero se percata que no hay modo que sobreviva. Las condiciones de vida de los campesinos impiden alcanzar el hospital más próximo en Ciudad Mactan, cuando las cosas mueren. Milagrosamente, la deidad rehusa arrebatlarla y ella vive la media hora antes de morir desangrada, aunque el tiempo lo usa para platicar y dar el mejor regalo navideño.

-Desde la primera vez que te vi...supe que eras tú

El trata de sonreír, siquiera logra salvar la traducción. Nadie elige a su amor, escribió Machado. Lo que sucede es que dos seres abstractos se vuelven concretos al reconocerse.

-En una complicidad como la nuestra, ¿en quién otro podemos confiar?

Náutica tirita de dolor y aprieta fuertemente la mano de su amante.

-No tenemos mucho tiempo para hablar cursilerías, mi amor. Antes de morir, yo quiero devolverte el amor que tú me diste, porque si no fuiste perfecto para mí, al menos fuiste lo próximo a mi propia carne.

-Mejor no hables...

-Únicamente te pido un poco de credulidad de tu parte

-Cualquier cosa que me digas, la creeré.

-¿Recuerdas el día que fuimos al mercado a Manila?

-Sí, claro. Ambos caminábamos tomados de la mano entre los puestos como dos famosos, aunque ser famoso en las filipinas no es dejar de ser un desconocido.

-¿Recuerdas el *bahut* que le compré a la vietmanita?

-Una verdadera ganga, pues una obra de arte es mucho más que un objeto de arte: es un mundo.

-Rubito, tienes que escucharme

Ruben asiente y calla. Entonces ella le da instrucciones de dirigirse a la cocina, buscar un frasco vacío de mermelada y llenarlo con su sangre. En el cuarto palidecen luces y yugulares. Náutica suda los senos y la espalda más perfumada que pañuelos de rosas. Ruben quisiera darle un baño de oro.

-Linda, no puedo abrir el arcón

-Tengo un cerrajero. Debes llamarlo, pero tienes que conducirte con mucho cuidado. Es caro, pero tú le pagarás con mi sangre

-No sé...

-Adrammelech, regidor supremo de la tercera hora

Ruben se halla impotente. Náutica muere. La rigidez la toma del cuello, vomita un coágulo.

-Sí me crees, ¿verdad?

-Cuando abra el arcón, el asunto se hará más claro

-Necesitas... a Surgat... para abrirlo. Consíguelo.

Náutica desvía la mirada y expira.

Podemos derrumbar un templo griego mascando chicle o haciendo ruido o cambiando de lugar algunas letras. Surgat no es anagrama de grutas, sino un demonio un tanto insignificante dentro de la jerarquía descendiente que va de Lucifer hasta Sargatanas y responsable de abrir todas las cerraduras imaginadas. Ruben lo invoca en la celda de la obediencia, recurriendo a los versos en el *Grimorium Verum* y dibujando el pentagrama de Agrippa con la sangre de Náutica en el piso. El no reflexiona mucho en lo que hace...va y viene mojado el dedo en la hemorragia de la mujer envuelta con papel periódico...repite la operación con mayor dificultad la siguiente vez porque toca turno en la fila de las moscas... bebe el vaso caliente de la ira...coloca una vela en cada punta de la estrella pagana...se rasca la cabeza ante tanta obstinación luminosa, pero acaba el dibujo con la certidumbre que toda casa en las filipinas tiene una buena dotación de velas...besa los labios de su amada y su beso tiene gusto a labios de una herida, más no reflexiona mucho en lo que hace. Lleva a cabo la invocación y punto.

Surgat aparece por un vidrio roto, llega con los olores penetrantes del tártaro y la celebración de dos mariposas de alas negras. El vendedor de aguardiente no duda de la infinita belleza de estos seres, la visión terrible de colmillos, escamas, fango negro y una pila de Volta con avispas ahogadas. El demonio tropieza con la caja cerrada. El *bahut* es un pequeño ataúd nocturno que nadie puede impedir que se agrande en el silencio, ni las campanas ni el magnetismo viajando en postura de ondulación. El *bahut* sirve de asiento al monstruo.

-¡Abre el cofre!

El demonio se levanta de un salto. La cabeza le cambia de varias formas, de sapo a chivo a cuervo a perro a mono a humo a otra cosa sin nombre conocido. Finalmente, hace

de la mente una cámara de espejos, escruta los ojos de su instigador y pateo la caja de pan duro.

-¡Abre la tapa, horrible hijo de puta! ¡Abrela ya!

Surgat vomita gusanos sobre la tapa, le siguen palabras ininteligibles. Ninguna tiene sentido para Ruben. La voz es una ráfaga violenta que obliga a cerrar los párpados. Náutica le había advertido en vida que el tipo era problemático.

La voz se modula, se vuelve refinada. El diablo habla un lenguaje para llevar a Ruben o cualquiera más lejos de lo que hubiera adivinado, puesto que la perorata es el idioma del Paraíso y el idioma del Juicio Final. Surgat habla en caldeo. La cerradura salta, el arcón queda abierto.

El curioso aprieta los labios. Surgat voltea en dirección suya y le dice en perfecto latín: *Quid pro quo*. Ruben señala el frasco anudado con la arteria. El demonio sacude la cabeza dos veces para desaparecer en la tercera con una explosión de luz y Ruben pierde el conocimiento, únicamente para recobrarlo y descubrir que Náutica tenía razón: todo tiene su precio. Surgat no se había ido con las manos vacías. El cuerpo de su amada no estaba en su lugar. Había sido parte de un intercambio. En su lugar, quedaba el *bahut* abierto y el suelo dulce y blando como el colchón de la eternidad.

El *bahut* contenía más objetos de lo que sus dimensiones externas pudieran haber indicado. El objeto que destaca en su interior es un libro manuscrito. Un libro entero sin la palabra tú para considerarlo un diario. Un libro calcáreo, seco, desolado. Náutica invita a la fiesta de sus entrañas. El relato es de una modestia engañosa, escritura automática. La anotación inicia con la descripción de un hallazgo encontrado en las excavaciones sobre la pared del corredor de la procesión del gran palacio de Minos en Cnossos, *circa* 1900. La reliquia es descubierta detrás de un elaborado fresco y oculto en un nicho desde el año 2000

antes de Cristo. ¿Cuál es su origen antes de esa fecha? Ni siquiera el arqueólogo que lo sustrajo de Creta pudo saberlo. Arthur John Evans lo reconoció al instante que la luz de su tea incendió los preceptos y los santos mandamientos. El desapareció esa misma noche y se presume que regresó a Inglaterra. Registros de este hallazgo son revelados en 1912 durante las delirantes confesiones de Bessie Chapman, una de los 711 sobrevivientes del desastre del *Titanic*. Fuera de sí, sufriendo la agonía por la tremenda exposición al frío, la pasajera balbuceó una historia escuchada solamente por la tripulación del *Carpathia* y los supervivientes que trataban de hacer sus postreras horas más llevaderas a bordo. Aparentemente, la mujer era una dama de compañía que, en un encuentro casual con elegante caballero, de hecho, el objeto le fue mostrado. Ella habló del evento con tal embeleso que, cuando murió, pareció que se había ido de este mundo satisfecha de toda la alegría que se podía hallar en la vida. Uno de los marinos, un irlandés de apellido Haggerty, pareció ponerle especial atención al relato. El tal Haggerty cambia entonces de embarcación en el retorno del *Cunard Liner* a Nueva York. El Sargento Michael James Haggerty cae muerto en la batalla de Ypres, Bélgica. Noviembre 9 de 1914. Su mochila de campaña, tomada por una enfermera voluntaria de la Cruz Roja, desaparece tras las líneas enemigas. De regreso con los heridos en camilla a las trincheras, el héroe de guerra es reportado por dormir con la mochila bajo su almohada, que nunca se separaba de ella y la misma parecía muy pesada. Un combatiente recuerda la ocasión que le fue roto el brazo con bayoneta, cuando bromeando intentó dar un vistazo en su interior suponiendo encontrar fragmentos de metralla. Entre 1914 y 1932, el objeto, jamás descrito con exactitud, apareció tres veces. La primera, entre los tesoros reales de un miembro de la nobleza rusa en Sevastopol. La segunda, en la colección privada de un diseñador de aviones danés. Finalmente, como la preciada posesión de un jefe de la triada china que se le atribuye la

intriga a favor de Chiang Kai-shek para suceder a Sun Yat-sen en el liderazgo del Kuomintang, en 1926.

En 1932, un hombre de visita en Nueva York para la inauguración del *Radio City Music Hall*, justo en Navidad, es hallado por la policía, en un callejón en la 51 West, luego de ser golpeado y hurtado “del objeto más bello que se pudiera poseer en el mundo entero”. El hombre es llevado al hospital *Bellevue*, pero no importando cuán diligente fuera el interrogatorio oficial, éste jamás describe el objeto robado.

En 1934, se comenta que es visto en la colección privada del arquitecto alemán Walter Gropius, pero posterior a su autoexilio de la Alemania Nazi, el objeto es ubicado en las oficinas de Hermann Goering. En 1941, es localizado con Albert Schweitzer, filósofo, médico, misionero y músico, en la Africa Ecuatorial. En 1946, al fin una cosa entre las cosas, es atroz responsabilidad en las manos del Licenciado Miguel Alemán Valdés como el poder. Después de esto, su paradero es desconocido entre 1959 y 1986 y siguen veinte hojas en blanco. El final, que parece un *non sequitur*, una forma cualquiera de terminar, es el principio natural de la búsqueda de un tesoro oculto. Ay, Náutica, dama de diamantes de la baraja sonámbula, de las runas de piedra, plata y madera. Los amuletos y los filtros. El *bahut* contenía la clave para encontrar el amor verdadero, el ágape. ¿Cuánto de este amor se requiere para nunca distinguir los contrarios de los propios? La gente forma una corriente constante a lo largo de los caminos sin pavimentar para visitar una tumba inexistente. Ruben cierra la caja y abandona la casa en la calle José Rizal, con la idea de no sentirse conmovido en esa propensión a los encuentros felices.

Para 1994, Ruben había rastreado la pieza hasta Buenos Aires. El tiene treinta y cinco años de edad. Estuvo casado y se divorció porque, en un momento de fastidio, él supuso que no

hay amor bajo los ojos de los tiburones. El recorre de extremo a extremo la calle de Corrientes, pero lo mismo pensó que pudo haber muerto de malaria siguiendo una pista falsa en Paraíba do Sul. Cuando se recobra de las fiebres, regresa a casa en 1989. Desde allí, su credo ha sido testigo de grandes alegrías, tormentosas tristezas, amores imposibles, abrazos adúlteros. Por ocio o por guerra, ya hubo respetado secretos, ya hubo callado engaños, y siempre su paga fue igual. Los maestros enseñan a los niños una luz maravillosa que viene del vértigo de las emociones. La profesora más rápida del mundo escribiendo con tiza se fija en el profesor más rápido aparcando. Se acuestan el día más corto del año y ella tiene el embarazo más corto jamás contado. El niño nace y crece en un tiempo *record*. Desarrolla un olfato fuera de lo común y descubre demasiado pronto que la vecina de enfrente es capaz de tener un orgasmo sólo con mirar. Ambos se enamoran en cuestión de segundos, se casan y no pueden tener hijos porque si él se le acerca, ella se pone a suspirar. Gime, resopla. Van a tener que adoptar. En tiempo real, Ruben afirma que un sistema logístico razonablemente rico, tal es esencialmente incompleto. La pista definitiva resulta tan vulgar que ni siquiera alcanza a soltar un soplo de alivio. La reliquia había sido subastada en Sotheby's, a principio de Abril de 1998. Ahora la pieza pertenecía a un hombre viviendo en los dominios de un rascacielos en Nueva York. Ruben reconoce el nombre, al pie de la fotografía, dentro de las páginas de *Esquire*. El mismo individuo visitó Nueva York, en 1932, para asistir a la inauguración del *Radio City Music Hall*. El objeto le había sido robado la primera vez. De algún modo, el tipo pasó 66 años buscando recobrar su propiedad. En el trance, el hombre había acumulado riqueza, poder y privilegios.

Ruben cierra la revista. La modelo en la contraportada viste un seductor traje de novia, aunque bien puede ser la muñeca de una feria de pueblo. El premio gordo de entre todos los peluches que la miran con envidia y, al mismo tiempo, no quiere terminar en lo

alto de una estantería de un cuarto infantil, llena de polvo, olvidada y teniendo que soportar ver desde arriba la rutina de una familia media, cuando puede seguir allí, en la portada, sintiéndose un sueño hecho verdad, el final de esa persecución por el amor verdadero, el ágape, pero no habla porque tiene los dientes chuecos.

Ruben Montiel tiene cuarenta años.

Todos los sobornos habían sido bien dispuestos. La puerta de servicio mantenía el cerrojo abierto. La llave del elevador era una perfecta copia. Ningún obstáculo se interpuso en su camino ilícito.

Ruben da largas zancadas en la obscuridad de la *Suite*. Repentinamente, escucha una puerta cerrarse en el fondo del corredor. Hace pausa, continua. El mapa a su servicio era tan preciso, que no toca nada en su trayecto a la recámara principal.

El hombre, convertido en anciano, duerme en el centro de la enorme cama. Como antes fue informado, el anciano moría.

Ruben cierra la puerta detrás suyo. El viejo abre los ojos y lo mira. Sus ojos son muy azules.

-Nunca hay dinero suficiente para comprar el silencio, muchacho. Tú puedes comprar tu entrada a mi habitación, pero no puedes comprarles su discreción. Recuerda, siempre hay una boca más hambrienta que otra en la cadena alimenticia.

Ruben sonrío y se acerca a la cama.

-No soy un ladrón.

-Por supuesto que no, hijo

-Yo pude haber negociado con usted en primera instancia, pero estaba seguro de su

mokusatsu

-*Mokusatsu*....matar con el silencio....no había oído el término desde 1945.

-A ningún precio...

El viejo cascarrea levemente, aunque no se nota desahuciado. Mantiene la vista fija en él.

-Sí, eso creo que hubiera sucedido. Ahora pienso que no te lo llevarás a la tumba. Además, viejo, he buscado su paradero por largo tiempo.

-¡Que diablos me importa cuánto has buscado, hijo! ¡Nunca más que yo, nunca más que yo...!

-Navidad de 1932

-Muy bien, hijo. Has hecho bien tu tarea.

-Sí, he gastado tanto como tú, con toda clase de moneda habida.

-Cosa que me incumba menos. Ni siquiera llegarás a acercarte a cualquier precio.

-No, estoy cerca...en este cuarto...en la caja fuerte.

-No te muestres tan seguro, sigue oculto a ordinarios como tú. Además, aunque tuvieras la razón, la caja no se puede abrir. Y no hay modo de violar una bóveda de seguridad rodeada con muros de hormigón de cuatro pies de grosor, reforzado con doble juego de mallas con bramantes de kevlar y fibras de grafito, una armadura anti-impacto de hierro de bajo contenido de silicio (0,2 a 1,0%) y aleado con molibdeno (0,5 a 2,0%), cromo (27 a 34%), wolframio (0,5 a 2,0%) y boro hasta 0,1%. El cual ha sido tratado térmicamente entre 950 y 1 100 °C y revenido después del temple entre 200 y 500 °C. El marco de la puerta *monoblock*, sin soldadura, está cortado con láser partiendo de una plancha de acero especial alto carbono. Nunca menos de diez pulgadas de acero en la cara frontal. Cuenta con 8 pernos horizontales de acero cromado anti-cizallado de una pulgada y 8 verticales más una reja de barrotos de titanio. El pivote de la puerta en acero Bessemer se

halla colocado en el interior del *sandwich* mecánico, totalmente inaccesible al exterior. Las juntas son tan precisas que no es posible el uso de ácidos o explosivos plásticos. Las cerraduras son híbridas con un reloj electrónico y funcionan con una cerradura de llave M3b sin duplicados y con una combinación *Monéo* de embrollado automático al momento de clausura. Ambas tienen la homologación A2p nivel B y EN 1300 nivel B. Frente a un incendio, un *puzzle* de paneles ignífugos aportan un elevado incremento de resistencia a la cámara. ¿Necesitas saber más?

Ruben mueve la nariz como un roedor olfativo.

-Inexpugnable, hijo. Cualquier ataque por modernos sistemas, sean coronas diamantadas, martillos neumáticos u otro, y el suelo se electrifica.

Ruben ubica un eje cartesiano en la pared del corredor de la procesión con la parte ínfima del ojo y salva el magnífico Matisse.

-Inescrutable. Un error en la combinación y el cuarto se inunda de gaaaaaas...

-Ok, viejo, me chingaste...el premio es todo tuyo

En realidad, Ruben se queda hablando solo. El anciano no llega a escucharlo. Ha muerto.

-Pero, por otro lado, no hay cerradura que no pueda ser abierta

Atento a los silencios de la luz cenital, el intruso contempla por largo rato al último dueño del Grial predilecto. A decir verdad, el rostro del occiso no demostraba parecer más feliz o más triste de morir sabiéndose en posesión de alguno. Entonces, Ruben se arrodilla y con la punta del desarmador empieza a trazar un diseño familiar sobre el tejido de la alfombra. Consigue diversos ceniceros para colocarlos como sahumeros en las puntas del pentagrama y se sienta a esperar al centro de la figura con fiebre de abanico de las manos. Surgat aparece de nueva cuenta.

-*Fides quaerens intellectum...ji, ji, ji*

-¡Abre la caja, fenómeno!

Llega el momento de denuedo, cuando hay que tomar al ángel por los cuernos. El demonio responde con milenaria saliva de elemental español

-Yo escucho. Yo obedezco.

Todos los poderes del averno forman un géiser de almas en pena. La noche muestra una hendidura de la mañana próxima y la puerta blindada se abre de golpe, poniendo la revelación a unos pasos de distancia. Antes de despedirse, Surgat dirige una petición.

-Poderoso amo, ¿puedo daros un regalo?

Ruben recuerda las advertencias de Náutica en el interior de su cabeza. *Debes llamarlo, pero tienes que conducirte con mucho cuidado. Es caro, pero más hay que temer el sigilo de los ricos.* Por otro lado, es un cerrajero finalmente. ¿Qué daño puede hacer un cerrajero?

-Ok, Acepto tu regalo.

Surgat regresa el cuerpo de Náutica. Pocos son los capaces de pedir un regalo para regalarlo. Ruben ve el prodigio con las yemas de sus dedos, resucita el cuerpo con sus ojos. Unos dicen que, puesto que el amor existe, hay que negarlo; otros que, puesto que no existe, hay que inventarlo. Otros que sólo existe el amor de Dios. Un taxi amarillo se lleva a Surgat a través de Central Park. En tiempo real, dos marionetas llevan a cabo un final feliz, celebrando la noticia contra las palabras del poeta Tanaka Katsumi: *“Guardo la certeza que mi mejor amigo aparecerá luego de mi muerte y que mi verdadero amor debió morir antes de que yo naciera”*. Ninguno oye latir la luz del lado de la bóveda.

VACACIONES DE TEMPORADA

Los aventurados turistas toman el camino secundario de los montes de carbón, los anuncios de paradas y las vías de ferrocarriles. El cansancio frena las vidas en tránsito y el camino por delante se curva en una larga interrogación. No queda más remedio que detener bajo una zona arbolada. Los tres viajeros miran el mejor lugar, establecen su cerco y despliegan la tienda para acampar.

Melchor corre la puerta de la vagoneta y revuelve el cuerpo de equipaje, las cañas de pescar, el *cooler*. Localiza el colchón inflable y el reproductor portátil DVD y regresa al círculo de la fogata. Gaspar come una manzana con leve sabor de gasolina.

-No, no, no – exclama Baltasar – ningún vehículo de motor substituye a un buen elefante.

-Si vas a viajar a la feria de las tierras del norte- comenta Gaspar - hazlo en hombro de esclavos...blancos en tu caso

Melchor sopla el colchón como panza de sapo, lo sella y toma un segundo aire enfadado.

-¡Basta! ¡El rey de Oriente que soy y cuanto mis brazos abiertos señalan los límites del mundo que protejo, no pasaré otra noche de insomnio, oyéndolos a ustedes dos discutir como dos vendedores de higos y dátiles!

-Tenemos que estar despiertos de algún modo para hacer el turno en la noche aromada.

-Nadie se ha quejado de tu ronquido tampoco.

-Compañeros, deben saber que padezco una hernia hiatal

-¡Hernia hiatal, mi basamento! – declara Baltasar -¡No me pareció estar con un lisiado la ocasión de nuestra orgía en *Climax*! ¡Digo, todas esas danzantes del tubo, sentándose en tu regazo, despeinando tus barbas!

-¡Despertaste por la mañana, Melchor, con una erección tan insistente que los ungüentos de piel de iguana vieja sólo consiguieron aumentarte la hinchazón!

-Yo iba a desenvainar mi cimitarra por ti

-Vamos, es la nostalgia. Ante todo, yo soy un *mensh*.

Gaspar levanta la vista a la estrella sobre sus cabezas, establo de todos los cielos.

-Sí, llevamos un buen tiempo fuera de casa.

-Hey, ¿Una cerveza? ¿Vino?

-Yo quiero un *dimsum* – dice Melchor. Al instante, los palillos chinos de malaquita se materializan en su mano izquierda. El tazón del guisado en la derecha.

Entonces los tres magos se sientan a cenar. El rey nubio, el soberano árabe y el monarca judío. Ellos se distraen jugando adivinanzas, aunque ninguna frase del Corán, del Talmud o de la Biblia puede ser pronunciada, mucho menos escrita y se supone que ni pensada. También se ponen a jugar ruleta rusa, pero terminan la competencia abruptamente y con intercambio de *latkes*, cuando Baltazar y Melchor entran en discusión sobre la pertenencia del muñeco dentro del pan de rosca. Finalmente, les gana el sueño. Extrañas sombras en el cielo, atraviesan de parte a parte. La pesadilla los hace volver sobre sus pasos, surcando dunas, desafiando el sol.

Cuando Baltasar despierta, a la mañana siguiente, su olfato dicta sus primeras palabras.

-¿Quién se hizo caca anoche?

Melchor habla de modo reflejo, su cerebro parcialmente despierto.

-Cuando solía galopar mi corcel, enorme alazán. De súbito, frenaba y volvía hacia mí y decía: *Caca*. Para luego continuar, orgullosa la crin y convencido el trote.

-¡Miren! – señala Gaspar con el dedo.

El terreno estaba cubierto de guano por doquier, producto de las hordas diabólicas que cruzaron en la noche. Monos con alas, rodando sobre poleas, expulsados de un reino que jamás terminó de asumir Oz. Los estudios MGM se desmantelan por completo en una encrucijada.

-Las fuerzas del caos. No serán primero que nuestros obsequios...

Así que levantan el campamento y lo empujan en la vagoneta. Arrancan, levantando la grama, quebrando el cielo duro.

Baltasar, al volante, murmura.

-¿Que dices, hombre?

-Nada. Únicamente espero encontrar un buen par de zapatos al final

-Rápido, Baltasar

En el primer semáforo que alcanzan, legiones de monstruos salen de las alcantarillas, portando recipientes varios con agua jabonosa y esponjas con las que se amontonan a limpiar el parabrisas.

Baltasar suena el claxon y los repele con ademanes.

-¡Atrás, atrás, basura del inframundo!

Pero los seres lo ignoran.

Cambia la luz y el conductor sume el acelerador. Los seres terminan revueltos.

-¿Necesitamos hacer tanto ruido?. Vamos a despertar al niño

La vagoneta dobla la esquina y choca por alcance con un taxi dentro del área de recepción del Hotel Hyatt. El *Valet Parking* confirma la reservación. El muchacho botones

se ofrece llevar los obsequios para rendir el tributo al rey, al sacerdote y al hombre, pero los tres reyes magos prefieren cargarlos por cuenta.

-Traemos obsequios para el niño

-¿Oro, incienso y mirra?

-No, preferimos pañales.

Enseguida se abren camino entre los *fans* ahí concentrados, con dichos regalos en la mano. Y allí, en un cuarto de tarifa moderada, los reyes magos encuentran al salvador, recostado en una caja usada de zapatos y trapo seco. La madre, María, según se lee en el gafete de *Wal-Mart* que cuelga de su chaleco de servicio, es una muchacha que insiste en citar que fue ultrajada por Dios y perdió el empleo. Dios, por su cuenta, envía a un mensajero. El mensajero hace llegar su saludo. Lo hace en computadora. Lap top, *times roman*, diez puntos. La escena es oficial ante los siguientes testigos de calidad: pastores, carretoneros, ganaderos, entrenadores de mascotas, domadores de leones, notarios públicos, jockeys, premios Nobel, acarreados, ilegales, Noticieros Televisa y un hombre contratado por dos horas para que levante la mula y el buey con sus fuertes brazos.

Los tres reyes magos avanzan, encontrando difícil un espacio para ellos entre la multitud, luego ponen sus regalos junto a la rosa de la circuncisión y observan largo rato al recién nacido.

-Llamémoslo Fuster –sugiere Gaspar

-No seas absurdo– replica Baltasar - ¿Gabriel y Fuster? ¿Gabriel Fuster? No, pongámosle Jesús. Es corto, fácil de memorizar, muy eufónico.

Entonces los tres hombres sabios se vuelven a enfrascar en otra larga discusión sobre el nombre del niño y finalmente acuerdan en llamarlo Gerber, porque una compota tiene poco recintos para explicar un estallido cristero.

Sólo después de dos mil años, no terminan por quedar satisfechos. Ellos miran al niño dormido, que es igual a cualquier otro bebé. Baltasar murmura, “¡Hubiera preferido encontrar un buen par de zapatos al final!”. Gaspar comenta en voz baja: “¿Tú crees que alguien se compadezca por fin, después de dos mil años, para ofrecerme una silla?”. Pero Melchor resume la doble relación de constelaciones psíquicas y geográficas que el astrónomo vio en su telescopio, cuando dice: ¡Es chistoso, pero a mí no me parece judío!.